

# SELECTA

Año III  
Número 7

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTÍSTICA

Santiago de Chile, Octubre de 1911

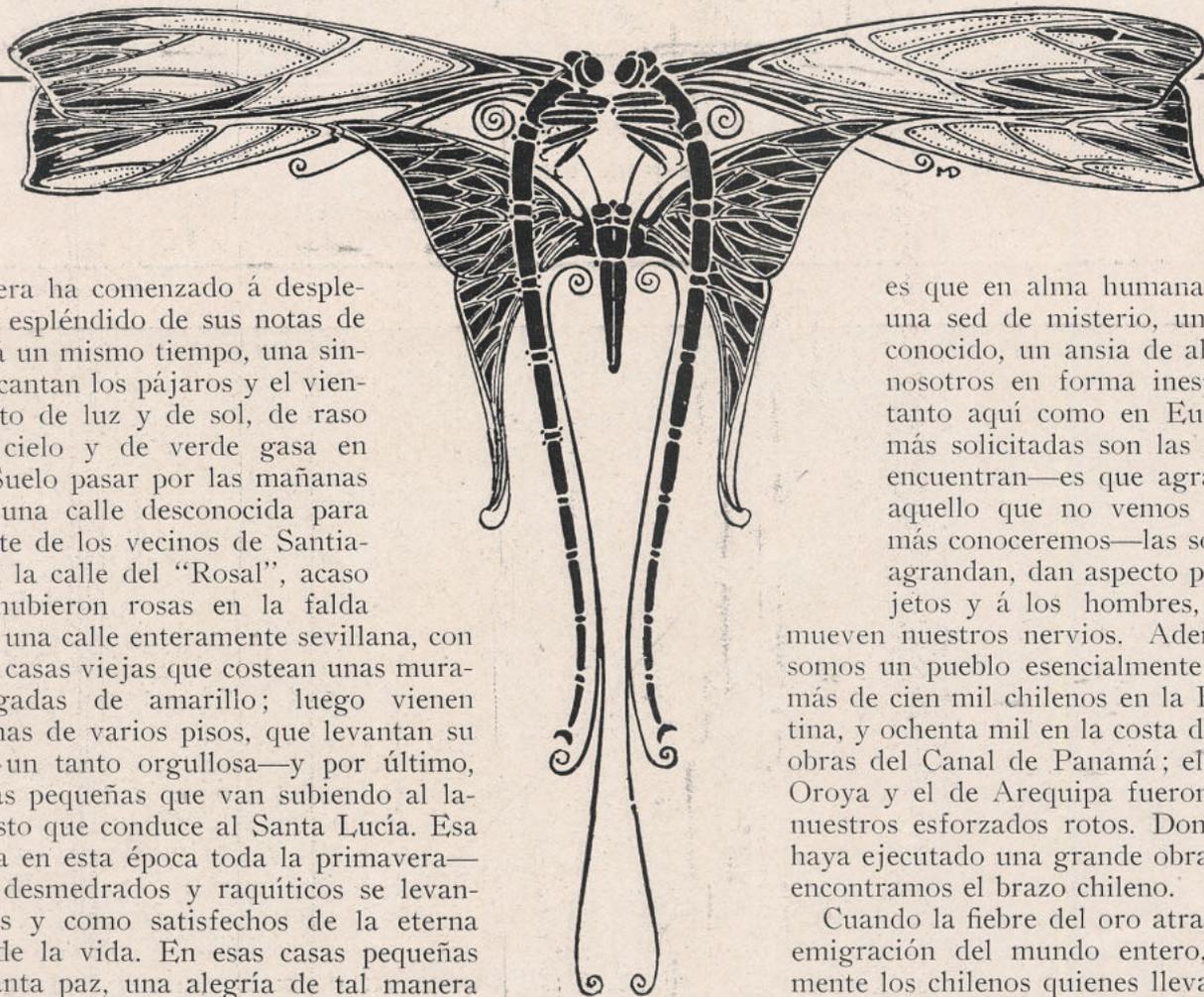
Precio:  
UN PESO

EDITORES PROPIETARIOS: EMPRESA ZIG-ZAG, TEATINOS 666



SAPHO

# HECHOS Y NOTAS



La primavera ha comenzado á desplegar el manto espléndido de sus notas de verdura; es, á un mismo tiempo, una sinfonía en que cantan los pájaros y el viento y un manto de luz y de sol, de raso celeste en el cielo y de verde gasa en los árboles. Suelo pasar por las mañanas á través de una calle desconocida para la mayor parte de los vecinos de Santiago—se llama la calle del “Rosál”, acaso porque allí hubieron rosas en la falda del cerro. Es una calle enteramente sevillana, con unas cuantas casas viejas que costean unas murallas enjabelgadas de amarillo; luego vienen otras modernas de varios pisos, que levantan su arquitectura un tanto orgullosa—y por último, unas casuchas pequeñas que van subiendo al lado del recuesto que conduce al Santa Lucía. Esa calle encierra en esta época toda la primavera—los árboles, desmedrados y raquíticos se levantan enhiestos y como satisfechos de la eterna renovación de la vida. En esas casas pequeñas se respira tanta paz, una alegría de tal manera sana, que uno involuntariamente se siente revivir y se acuerda, de que según la leyenda antigua, el sabio que buscó la camisa del hombre feliz encontró que el único hombre dichoso no tenía camisa.

Sí, la felicidad no estriba en el dinero; si bien es útil para conseguirla, es un medio, nó es un fin en la vida. Por eso decía con tanta razón, Dumas hijo, que el dinero es un buen servidor y un mal amo, pudo agregar que un tirano detestable. Conseguir lo necesario para las necesidades urgentes de la vida, desprenderse de lo supérfluo, mirar en menos el lujo, contentarse con lo que se posee, y no aspirar á nada que se encuentre fuera de nuestro posible alcance debe de ser la fórmula del sabio: ¡Ah! si nosotros nos contentáramos con practicar lo que juzgamos bueno, el mundo andaría de una manera bien distinta.

Sin embargo, el afán del oro nos persigue, por lo cual se explica la verdadera fiebre que acosó á millares de personas, empujándoles á Putú, pequeño lugar donde se hicieron descubrimientos de oro. Millares de personas pobres las más, se encaminaban en cerradas columnas á los cerros del lado de Quivolgo, frente á Constitución, en columnas apretadas y negras que trepaban por las laderas y descendían al valle, en busca de los yacimientos milagrosos de donde salieron las piedras que tenían las leyes más subidas de oro que hasta ahora se haya visto.

Una casualidad, un simple rancho echado al suelo, cuyos cimientos se aprovecharon, había bastado para revelar las piedras cargadas del precioso metal.

Chile es esencialmente minero; de los flancos de sus montañas han salido riquezas innumerables, fortunas cuantiosísimas, Caracoles, Chañarcillo, y tantos otros. Sin embargo, lo que más nos tienta son las riquezas que existen lejos de nosotros, en Bolivia, en el Perú, en la Argentina:

es que en alma humana existe y palpita una sed de misterio, un afán de lo desconocido, un ansia de algo que vendrá á nosotros en forma inesperada; por eso, tanto aquí como en Europa, las minas más solicitadas son las que más lejos se encuentran—es que agrandamos siempre aquello que no vemos y que acaso jamás conoceremos—las sombras nocturnas agrandan, dan aspecto pavoroso á los objetos y á los hombres, solicitan y conmueven nuestros nervios. Además los chilenos somos un pueblo esencialmente aventurero; hay más de cien mil chilenos en la República Argentina, y ochenta mil en la costa del Pacífico, en las obras del Canal de Panamá; el ferrocarril de la Oroya y el de Arequipa fueron construídos por nuestros esforzados rotos. Donde quiera que se haya ejecutado una grande obra en América, allí encontramos el brazo chileno.

Cuando la fiebre del oro atrajo á California la emigración del mundo entero, fueron naturalmente los chilenos quienes llevaron sus primeros contingentes. Los desiertos se poblaron, las selvas cayeron deshechas por el hacha, se rompieron las tierras, se improvisaron ciudades: una de ellas fué fundada por don Juan Manuel Ramírez y Rosales, chileno de nacimiento, y se llamó Marysville. El primer buque de vela que se arriesgó en el Sacramento fué la “Natalia”, barca de propiedad de los hermanos Luco, pertenecientes á la familia chilena de ese nombre. El primer hospital de caridad instalado en la ciudad de Sacramento fué debido á esos mismos hermanos, don Manuel y don Leandro Luco.

Fueron muchos los chilenos que emigraron á California en aquella época de la fiebre producida por los descubrimientos de lavaderos de oro. Las crónicas nos cuentan que entre otros, don Nicolás Álvarez estuvo á punto de ser lynchado y sólo escapó mediante la intervención de Pérez Rosales; don Juan de Dios Arlegui tuvo que servir de mozo en un café. Otros chilenos se radicaron por allá. Don Bernabé de la Barra pasó luego de California á Méjico, desencantado del oro. Su nieto, don Francisco León de la Barra es el actual Presidente de la República de Méjico. Así, pues, á los lavaderos de oro de California debe la existencia el actual Jefe del Estado mejicano; sin eso, acaso hubiera vivido en Chile, como el resto de la familia.

El espíritu de aventuras forma parte de la índole nacional. Isidoro Errázuriz decía con muchísima razón que “tenemos cien mil rotos dispuestos á todo.”

Las aventuras nos atraen como el imán al hierro; acaso sea esto una herencia de los primitivos conquistadores españoles que mandaron á Chile cuantos elementos de turbulencia existían en la metrópoli. El espíritu de empresa constituye una fuerza considerable que habrá de constituir una de las características más poderosas de la historia nacional, es una debilidad y una fuerza al mismo tiempo.

LUIS ORREGO LUCO

# Las Grandes Obras Maestras de la Pintura de 1400 á 1800

(Continuación)

*Antonio Allegri.*—Universalmente conocido bajo el nombre de Corregio, es uno de los más originales de esta generosa escuela italiana. El Corregio fué el primero que introdujo en su pintura el prestigio de la luz. El no comprende la luz á la manera de los pintores septentrionales, que la hacen nacer de los rayos del sol, propagadores del calor y de la vida, para él la luz es una claridad superficial y frígida, que ilumina los seres y las cosas sin calentarlos; esta luz impregna el calor, hace fundir la materia y la vuelve transparente. De aquí resulta que sus dioses y santos tienen una hermosura maravillosa, que hacen recordar los héroes de la Iliada, que los olímpicos iluminan de aureolas.

★

*Tiziano Vecelli.*—Es el más célebre de los pintores venecianos, y puede decirse que está clasificado entre los cuatro ó cinco más grandes maestros de toda Italia. Nació en Pieve di Cadore (1477) y pasó casi su vida entera en la ciudad de los Dux. Murió en Venecia (1576).



VIRGEN ADORANDO AL NIÑO

CORREGIO



EL AMOR SAGRADO Y EL AMOR PROFANO

TIZIANO



RETRATO DE SEÑORA, LLAMADO LA "BELLA DE TIZIANO"

Tenia una prodigiosa actividad artistica. Las iglesias y palacios de Venecia están llenos de sus obras. Todos los museos del mundo tienen alguna obra suya. Su fecundidad, su gloria y prestigio son comparables sólo con Rubens. Fué el pintor de todas las testas coronadas; retratista de los príncipes y grandes de su época. Los duques de Mantua y de Ferrare, el Papa Pablo II, Carlos V, Felipe II, y Francisco I, lo colmaron de favores. Fué un genio eminente y un hombre feliz.

(Continuará)



VIRGEN CON EL NIÑO, SAN JUAN Y SAN ANTONIO



Don Gonzalo Bulnes en su gabinete e trabajo

## Don Gonzalo Bulnes



El hogar es la escuela del corazón. En él recibimos las influencias morales que más eficazmente contribuyen á la formación de nuestro carácter, de nuestra personalidad. Desde sus primeros años, don Gonzalo Bulnes ha vivido en una atmósfera impregnada de recuerdos heroicos por la gloria militar y política de don Manuel Bulnes. Al manifestarse no podía pues, su espíritu, precindir de lo que constituyó su ambiente, y de ahí que sus libros estén animados por una que quiere ser oculta, pero que es visible corriente de amor por los heroísmos que relata.

Las páginas dedicadas á contar cómo Chile ayudó con esfuerzos que tuvieron mucho de sacrificio, á la independencia del Perú, las en que narra la preparación y el triunfo de la campaña del 38, contra el Protector Santa Cruz, y sobre todo las de su última obra "Guerra del Pacífico" justifican lo que decimos. En ellas aparece el hombre, en el acento tranquilo, pero ardoroso con que rememora los episodios de la guerra por él vista en su grandeza legendaria, y el artista, en el desarrollo de las descripciones, en la sobriedad del colorido, en el tino para fijar los rasgos característicos de una escena y en la amplitud de su estimativa crítica para desenvolver los sucesos en el tiempo y unirlos en la visión.

Estas cualidades lo distinguen de los otros historiadores de la campaña del Perú. El señor Bulnes no pertenece á la escuela de los historiadores impasibles, ni á la de los

exaltados, de los que hubimos tantos, y que hicieron decir á un crítico que si los romanos hubieran empleado los años que los chilenos en escribir su historia, no habrían tenido tiempo de conquistar el mundo. Verdad es que durante más de una generación nuestros escritores se dedicaron casi exclusivamente á investigaciones históricas. Aún los que empezaban sus labores literarias, lo hacían de preferencia con una monografía sobre un episodio cualquiera de nuestros anales y la juventud estaba tan deslumbrada por la epopeya patria, que hasta sus manifestaciones intelectuales más delicadas, la poesía y el cuento, tenían temas heroicos, legendarios ó históricos. El señor Bulnes pertenece á esa generación; pero sus libros no son obra de imitación, como los de tantos otros, de los modelos entonces gloriosos, son personales, de acento y de visión propios.

Así como en concepto de la crítica moderna hay tantas filosofías como sicologías, puesto que cada pensador construye su sistema de acuerdo con el carácter de su yo, así, hay tantas historias como historiadores, puesto que cada uno toma los elementos que á su parecer son más significativos y no son, en realidad, sino los que mejor siente su temperamento de analítico, de artista ó generalizador. En el primer caso buscará el orden estricto de las relaciones causales; en el segundo la ligera ó grandiosa coordinación de las escenas bellas, de los cuadros, y en el último, prescindirá de los episodios y tratará de mostrar la unidad del conjunto, la síntesis de los sucesos. Cada uno construye su obra en armonía con su sentir y pensar. La narración histórica es tan personal como la interpretación poética.

¿Quién no ha notado entre nosotros la diferencia que hay entre los modos narrativos de Barros Arana y Vicuña Mackenna? La crónica del uno, por lo fría y descarnada, parece contar sucesos en que no han intervenido ni la sangre ni las pasiones de los hombres, narrarlos antes de su realización en la vida; la del otro, lírica y encomiástica, los enaltece, los presenta engrandecidos por la gloria, parece cantarlos en interminable elogio póstumo. El señor Bulnes se ha colocado en el punto intermediario, su obra es de resurrección, no hay en sus páginas indecisiones de pronósticos ni exageraciones de panegéricos, no es de antes ni de después de la vida, sino la vida. Para esta obra ha necesitado una virtud innecesaria en los otros modos de historiar. El cronista cuenta los hechos con impasible y lenta continuidad, enlazando los capítulos de su relación sin detenerse á considerar los gérmenes morales de los sucesos, y el historiógrafo, entusiasta y deslumbrado antes que nadie por los gloriosos acontecimientos que va á narrar, no puede tampoco detenerse en el análisis de las causas, en la sub-historia, en las raíces de las acciones que es preciso descubrir y á veces, mostrar desnuda. . . Desde el punto de vista en que el señor Bulnes se ha situado para la realización de su obra, tendrá que enseñar junto con la vida, no pocas de sus miserias y junto con la verdad, no pocas reducciones de siluetas heroicas. Su valiosa colección de cartas, la más completa que haya tenido historiador alguno sobre un momento humano, le ha permitido conocer los móviles determinantes de las acciones ostensibles y justipreciar, comparando muchas veces el documento oficial, la nota, con el documento verbal, el testigo, la exactitud de las episodios y la magnitud de los actores heroicos.

En estas investigaciones pacientemente agotadas, el señor Bulnes ha encontrado más de un motivo para corregir las versiones dadas hasta hoy de algunos incidentes de la guerra. Desgraciadamente, no siempre sus correcciones enaltecen el heroísmo chileno. Para decir esto, la verdad resultante de la compulsión minuciosa de los documentos, el señor Bulnes necesitará la virtud á que nos referíamos en líneas anteriores, el valor moral. De su libro saldrán juicios sobre hechos y hombres, que no estarán de acuerdo con lo tradicional; que reducirán los lineamientos heroicos de más de un nombre y mostrarán la implacable diferencia que hay entre los ojos de la familia y los ojos de la historia. Esto le atraerá más rectificaciones que las hechas por los directa ó indirectamente interesados, á la Historia de la tercera República y de Hanoteaux. . .

El señor Bulnes las espera, las escuchará y las dejará desvanecerse. Es lo suficientemente sabio para comprenderlas.

Para el imparcial, uno los méritos de la obra del señor Bulnes es el de concluir con el semillero de las leyendas. Así, por ejemplo en lo que se refiere al descubrimiento del Tratado Secreto, conocemos tantas versiones como descubridores. Una de ellas lo atribuye al fino y experto político don Luis Martiniano Rodríguez, quien ligado íntimamente al representante diplomático de Bolivia, señor Bustillo, pudo saber, anudando indicios y observaciones recogidas en el ambiente que rodeaba al Ministro boliviano, que el Perú estaba ligado á Bolivia por un pacto secreto en contra de Chile.

Alarmado, el señor Rodríguez, buscó al señor Zózimo Errázuriz, pariente cercano del Presidente de Chile y le comunicó lo que supo debido á una serie de circunstancias propicias y talentosamente aprovechadas.

El Presidente Errázuriz se mostró sorprendido—¿indicaría eso que aún no había recibido la comunicación de Blest Gana?—y manifestó al señor Rodríguez sus más vivos agradecimientos. Este era diputado de oposición y apoyó el proyecto del Presidente para encargar á la breve-

dad posible dos acorazados de primer orden, que fueron el "Cochrane" y el "Blanco", proyecto que tuvo en la Cámara dos votos en contra, el de don Antonio Varas y el de don Angel Custodio Gallo. . . Ahora, ¿cómo supo Blest Gana la aprobación prestada por la Cámara argentina al Tratado Secreto? Siendo Ministro de Chile en la Argentina quiso averiguar la efectividad de un tratado suscrito en contra del Brasil por el Perú, la Argentina y Bolivia. El Ministro brasilero había tenido noticias del pacto, pero por ser representante de la nación amagada creyó no tener facilidades para indagar la verdad y solicitó los servicios del Ministro de Chile. Don Guillermo Blest conocía á un diputado argentino que adeudaba no despreciable suma á una casa bancaria y ofreció al diputado pagar como amigo—con dinero del Brasil—el crédito apremiante. Lo hizo, y en reciprocidad de servicio, recibió junto con los agradecimientos del diputado deudor, la noticia de haber aprobado el Congreso argentino un pacto secreto de Perú y Bolivia en contra de Chile. Se comprenderá la sorpresa de don Guillermo.

Estas no son las únicas versiones sobre el descubrimiento del tratado secreto, pero bastan para demostrar la poca firmeza de muchas leyendas, no sólo sobre este asunto, sino sobre otros de más brillo, de más gloria. El libro del señor Bulnes marchita más de una corona de laurel; pero, por otra parte, las teje para algunas frentes de desconocida grandeza, entre ellas, para la de don Rafael Sotomayor, quien en otras crónicas, aparece no sólo empequeñecido sino ultrajado. . .—¿No hay una en que se asegura que Williams Rebolledo se vió obligado á desembarcarlo porque se oponía, temeroso, al combate?—La verdad surgida de los documentos irrefutables, prueba en don Rafael Sotomayor una grandeza merecedora del bronce. "En el alma pura de aquel gran patriota, dice el señor Bulnes, no había lugar para otro anhelo que el bien y la gloria del país.

"Cuando se conoce la eficacia de su acción oculta y silenciosa, se encuentra justificado el temor de Pinto de que abandonase por un día siquiera la dirección de la campaña. Era necesario para todo en el campamento. Era la brújula del buque.

"Gran figura que por la modestia y el patriotismo no ha sido sobrepasada en la historia."

Tanto en lo que concierne á la investigación de los puntos oscuros, como en lo que se refiere á la resurrección de los episodios culminantes de la guerra, la obra del señor Bulnes es completa y única, dentro, naturalmente, del período que abarca su primer volumen. El fervor patriótico de sus frases es tan sincero y comunicativo, que nos hace sufrir y gozar las ansiedades y las glorias de la lucha con la misma intensidad con que debieron sentir las contemporáneas. La descripción del combate de Iquique es, por la sencillez del lenguaje y lo clásico de la ordenación, un rozo de antología. No hay un momento en que el narrador divague, en que detenga el desarrollo de los sucesos con una reflexión supérflua. Su personalidad se hace tan transparente que no la vemos entre nosotros. Si tuviéramos espacio la transcribiríamos y la compararíamos con otras descripciones del mismo episodio, para demostrar la superioridad de su belleza artística.

En los momentos actuales en que, por el natural olvido de las cosas, la opinión pública no estaría lejos de aceptar transacciones indecorosas para terminar con el griterío de los adversarios irreconciliables, esta obra de patriota y de artista ha venido á vigorizarnos, mostrándonos en las glorias del pasado, los deberes del porvenir. Modificar el sentimiento público, señalándole el verdadero camino cuando empezaba á desviarse, es obra de verdad, noble y hermosa, cual la célebre de los rapsodos griegos que enalteciendo glorias olvidadas, desparramaban sus cantos en el pueblo como fecundas semillas de heroísmos.

# Las Mujeres de los Césares



El joven Augusto

su hijo? La respuesta del Colegio Pontificio fué que, si había alguna duda sobre el acontecimiento, el matrimonio debía aplazarse; pero que, si era cosa segura y cierta, no existía impedimento alguno.

Poco después se supo que Octavio se había divorciado de su mujer Seribonia y habíase casado con Livia, una joven de diecinueve años. Y precisamente, el caso consultado al Colegio Pontificio era el mismo de Livia, quien obtuvo consentimiento de Tiberio Claudio Nero (padre del Emperador Tiberio).

Los dos divorcios y el nuevo matrimonio se llevaron á efecto con extraña prisa. El primer marido de Livia, actuando como padre, dotó á su esposa para la nueva alianza y estuvo presente en la ceremonia. De este modo, Livia pasó á la casa de su nuevo esposo, donde, tres meses más tarde, dió á luz un hijo que fué llamado Druso Claudio Nerón. Este niño fué enviado inmediatamente por Octavio á la casa de su padre.

A nosotros, esto nos parece brutal y desvergonzado; y la mujer que tal hiciera sería juzgada como de malas costumbres. Pero en Roma, nadie habría extrañado este procedimiento á no ser por el gran apuro de los contrayentes y el haber molestado al Sacro Colegio obligándolo á dar un consentimiento donde se traslucía el sofisma. En aquel tiempo, todos estaban acostumbrados á ver los cansamientos de los altos personajes hacerse y deshacerse con los mismo motivos. Pero, ¿por qué todos se aliaban de esa manera para precipitar las cosas? ¿Qué interés movían á Octavio y Livia, Seribonia y Claudio Nero para realizar sin demora todas las formalidades?

La leyenda formada alrededor de la familia de Augusto, leyenda hóstil en casi todas sus partes, explicó esto como un acto de verdadera tiranía de parte del joven triunviro. También yo, en mi Grandeza y Decadencia de Roma, he expresado la convicción de que tal acto no se debió á motivos políticos, sino á un amor violento inspirado por la belleza de Livia. Sin embargo, atentas meditaciones me han convencido más tarde de que hay otra explicación, menos poética talvez, pero más romana, para dar la clave de esta famosa alianza que tan grande importancia tendría en la historia de Roma. Para remontarnos hasta los verdaderos motivos de este matrimonio, debemos considerar quién era Livia y quién era Octavio.

Livia era mujer de gran hermosura, como sus retratos lo prueban; pero esto no es todo. Perteneía, además, á dos de las más antiguas y conspicuas familias de la nobleza romana. Su padre, Marco Livio Druso Claudio, era por su nacimiento un Claudio, adoptado por un Livio Druso. Descendía de Appio el Ciego, el famoso Censor y acaso

el más ilustre personaje de la antigua República. Su abuelo, bisabuelo y su tatarabuelo habían sido Cónsules y Cónsules Censores se encontraban en las ramas colaterales de su familia. Una hermana de su abuelo había sido la esposa de Tiberio Graco; una prima de su padre, se había casado con Lúculo, el gran general. De esta manera, tenía relaciones con todas las grandes familias. Y por parte de Livio Druso no era menos noble, pues contaba ocho consulados, dos censorías, tres triunfadores y un dictador. Así, el padre de Livia por cuna y por adopción pertenecía á dos de aquellas grandes familias que, aún en las más tremendas revoluciones, habían sido veneradas por el pueblo como semidivinas, y que tanta importancia habían tenido en la historia de la República. Correspondía á su alta nobleza el primer esposo de Livia, pues Tiberio Claudio Nero era como ella descendiente de Appio el Ciego, aunque por otro hermano del Gran Censor. En Livia estaba concentrada la quinta esencia de la gran aristocracia: era en Roma lo que serían en Londres, hoy en día, las hijas del Duque de Wetsminster ó de Bedford.

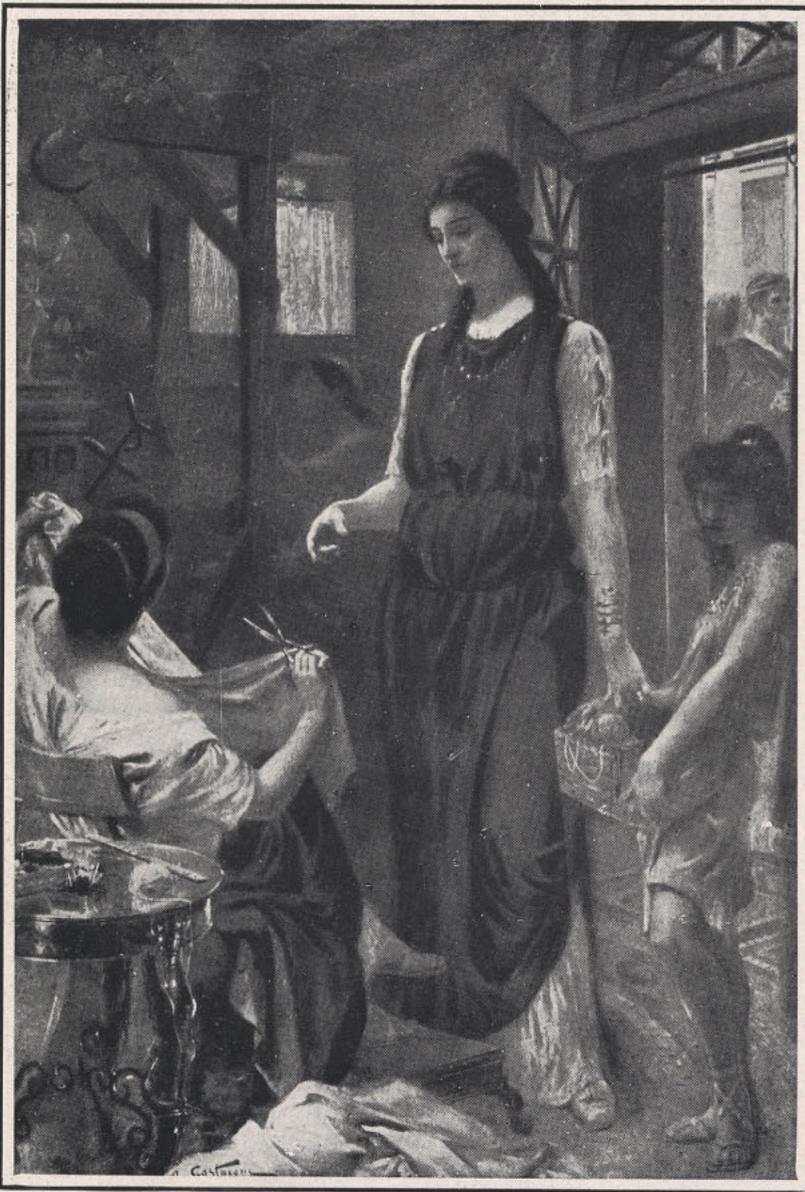
En la gran revolución que estalló después de la muerte de César, el año 43, el padre de Livia fué proscrito por los triunviros; combatió al lado de Casio y Bruto y se dió la muerte después de Filipos. El año 40, dos solamente antes del matrimonio de Livia, Ciberio Claudio Nero y Livia habían sido obligados á huir de Italia por temor á la venganza de Octavio.

Por otra parte ¿quién era Octavio? Un "parvenu", con una nobleza demasiado reciente. Su abuelo había sido un usurero de Velitrae (no Velletri), un financista y hombre de negocios y fué sólo su padre el que surgió entre la nobleza, gracias á las riquezas del abuelo avaro. Casó con una hermana de César y, aunque joven, llegó á senador y pretor. Octavio era entonces lo que hoy diríamos en Europa de un rico burgués ennoblecido por su dinero. A pesar de que César, adoptándolo, le dió el nombre de una vieja familia patricia, su modesto origen y el oficio de su abuelo eran conocidos por todo el mundo. En un país como Roma, donde á pesar de las revoluciones, las familias de antigua nobleza tenían tan gran prestigio, era este origen una mancha y un peligro, especialmente teniendo por colegas á hombres como Marco Antonio y Lépidio, que podían ostentar orgullosos abolen-gos.

Podemos por lo demás, explicarnos fácilmente por qué, aún sin gran pasión, debía el joven triunviro estar tan impaciente por casarse con Livia antes del año 38. Los tiempos estaban revueltos y



El Emperador Augusto



Livia, esposa de Augusto, supervigilando el tejido

tormentosos y, de los tres triunviros, el más joven, colocado á la cabeza de los otros por un capricho de la fortuna, era sin duda alguna el más débil, tanto por la inexperiencia de su juventud como por la obscuridad de su linaje y el escaso prestigio de que gozaba entre los soldados. Marco Antonio, su colega, que habíase encontrado en tantas guerras, solo ó con César, era mucho más querido en el ejército y tenía más sólidas relaciones con las grandes familias. De esta manera, le superaba en poder tanto en las clases altas como en las bajas. El casamiento con Livia significaba mucho para el futuro Augusto. Le abriría las puertas de la vieja aristocracia; lo acercaría á aquellas viejas familias que permanecían aún tan influyentes y veneradas y las cuales jamás le habían profesado afecto. Era para él lo que para Napoleón el matrimonio con María Luisa.

En el momento que una señora de tal nobleza estaba dispuesta á casarse con él, no podía perder un minuto de tiempo: la cosa estaba revuelta y la fortuna podía cambiar.

Tales eran los motivos que indujeron á Augusto á precipitar las nupcias. ¿Pero qué pudo mover á Livia á aceptar esas condiciones en aquel tiempo tempestuoso, cuando la fortuna de los triunviros estaba tan incierta? Un pasaje de Velleius Patérculos nos afirma en la idea de que el que más aconsejó á Livia que aceptara ese casamiento no fué otro que el mismo primer marido, Tiberio Claudio Nero! Ahora nos parecerá inconcebible; pero no lo era de acuerdo con las costumbres romanas de aquel tiempo. Es posible que viendo Tibe-

rio asegurado el triunfo de la causa revolucionaria, haya querido unir la suerte de la vieja aristocracia al más joven de los triunviros dominantes. Bastante avanzado en años y muy enfermo—debía morir poco más tarde—Tiberio, que conocía bien la inteligencia de su joven esposa, acaso desde largo tiempo le habría escogido su lugar en la casa del hombre en quien veía uno de los futuros señores de Roma. Con Livia penetraba en la casa de Octavio la nobleza derrotada en Filipos y que procuraba reconquistar por medio de la hermosura de una mujer lo que no había sido capaz de mantener con las armas.

Durante toda su vida, Livia cumplió su misión con una constancia, abnegación y tacto admirables, logrando armonizar la libertad concedida á su sexo y los deberes cuyo cumplimiento le exigía su esposo. Fué una de aquellas mujeres intachables que los romanos, en largos y tempestuosos años, no cesaron de admirar y respetar nunca. Llana y serena, perfectamente dueña de sí y con una gran fuerza de voluntad, supo sobrellevar siempre dignamente todos los sacrificios que su rango le imponía. Cambió sin repugnancia de marido, sólo cinco años, después de las proscripciones, roja aún de la sangre de sus hermanos y amigos. De igual modo renunció á sus dos hijos, el futuro emperador Tiberio, nacido antes de su segundo matrimonio y también al que nació después. Y cuando Tiberio Claudio Nero dejó de existir, dejando á Augusto de tutor, ella volvió á tomar á los niños y los educó con la más cariñosa y maternal solicitud. Para el marido político que se le impuso, fué siempre una compañera fiel y abnegada. Los escándalos que le atribuyeron sobre su ambición é intrigas no pasaron de ser infames calumnias. Y sin embargo, nunca la acusaron de malas costumbres. Los honores no la envanecieron jamás. En aquel palacio de Augusto, cubierto de laureles y que atraía las miradas de todo el mundo, donde se discutían las más graves cuestiones, ella conservó siempre las hermosas tradiciones de pobreza y laboriosidad de la aristocracia antigua, costumbres aprendidas por ella cuando niña en la casa de su padre, casa mucho más ilustre con su gloria heredada, que la brillantísima que la victoria había preparado para Augusto en el Palatino.

Sabemos por Suetonio cuán modesta era la casa de Livia en el Palatino y aún en el siglo II de nuestra era se la exhibía como una curiosidad extraordinaria. La pareja imperial poseía numerosas villas en Lanubia, en Palestina, en Tívoli; pero todas eran severas y sin pretensiones.

No gastaban tampoco gran ceremonia en las comidas, á las cuales eran invitados los personajes más conspicuos de Roma, senadores, jefes de grandes familias, etc. Sólo en señaladas ocasiones los tres guisos subían á seis. Más aún,



Trajes de los romanos, varones, mujeres y niños

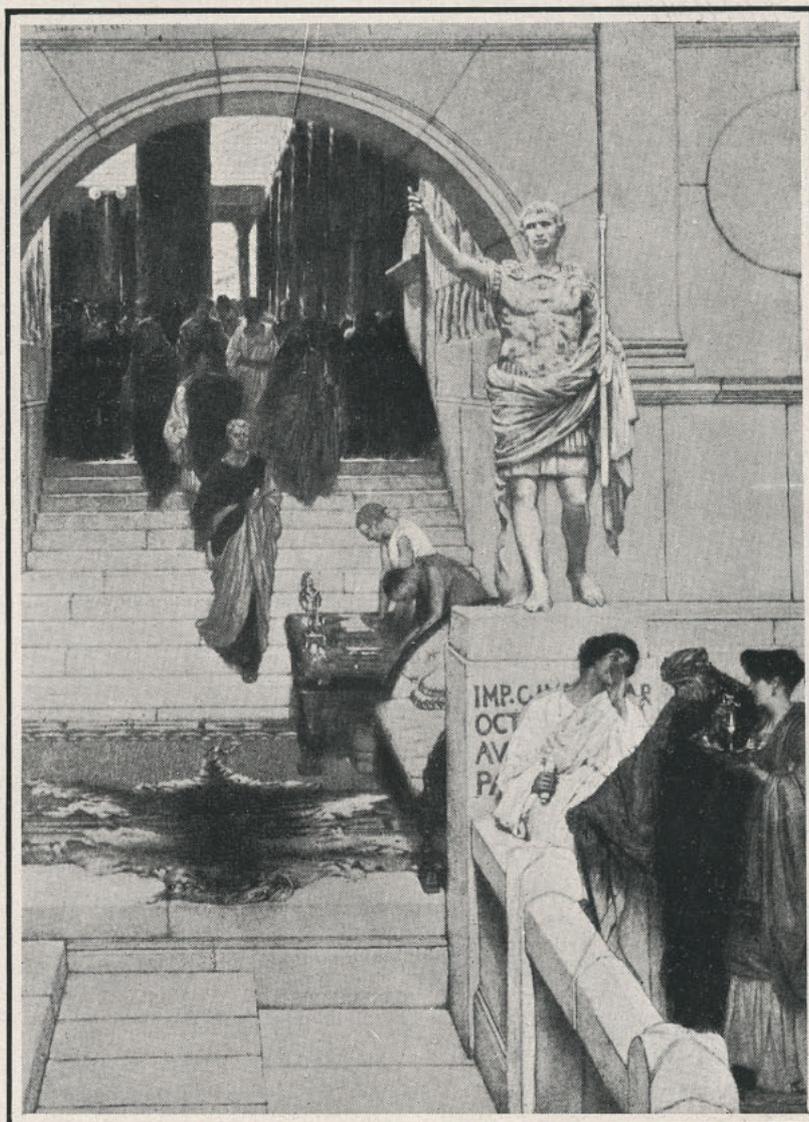
Augusto no usó nunca otras togas que las hiladas y tejidas por Livia, pues la Emperatriz pasaba ante el telar tejiendo aún para sus esclavas y libertas. Fiel á las tradiciones aristocráticas, Livia consideraba deber esencial dirigir las obras ejecutadas en su casa. Vigilaba la repartición de lana y frecuentemente tomaba asiento entre los esclavos, con lo cual ella sentía que estaba contribuyendo á la grandeza del imperio. Ser sencilla, leal y rodearse de los grandes personajes, he aquí tres características de la antigua nobleza que sobrevivían en Livia para admiración y ejemplo de sus contemporáneos. Pero, todas estas labores, estaban asociadas á la participación muy activa en los grandes negocios de su marido; lo cual no era causa de admiración en Roma, pues estaba establecido ya que Augusto no tomara ninguna resolución política sería sin consultarla antes. Así, ella atendía al mismo tiempo la confección de la ropa de su esposo y lo aconsejaba en el Gobierno de su imperio, siguiendo de este modo la costumbre inmemorial de todas las grandes señoras de la aristocracia.

Las guerras civiles habían reducido grandemente el número de la histórica aristocracia de Roma y la paz, de cuyos beneficios tanto se esperaba, comenzó á minarla con una ruina más disimulada, pero no menos fatal. Hacia el año 18, cuando Livia se aproximaba á los cuarenta, los hombres de la nueva generación, que no habían visto las guerras civiles, empezaban á tomar influencia en los negocios públicos.

Y estos jóvenes traían consigo un espíritu de lujo desconocido y una disipación y rebeliones que hacían muy difícil, por no decir imposible, la vuelta al antiguo régimen. Las mujeres se sometían cada vez con mayor repugnancia á las leyes del matrimonio, baluarte un tiempo de la aristocracia romana. El celibato hacía estériles las más famosas ramas de las grandes familias y vicios extravagantes, hábitos desordenados y toda clase de maldades prosperaban en la antes austera y noble sociedad. Todo esto había crecido después de la conquista de Egipto, que estableció contacto con el Este; y se desarrollaban en proporción con las industrias y el comercio de artículos de lujo que un tiempo florecieron en Alejandría, bajo los Ptolomeos, y que ahora se trasladaba al país vencedor. Las señoras, en especial, adoptaban con suma facilidad los usos y costumbres de oriente, prefiriendo los lujos refinados y dispendiosos, de las joyas y telas riquísimas, al modesto telar que Livia había querido conservar como símbolo sagrado de las virtudes domésticas. También los jóvenes se apartaban de las armas, el Gobierno y la jurisprudencia, privilegios conservados un tiempo tan celosamente. Unos se daban á la literatura, otros á la filosofía y no faltaban quienes sólo procuraban aumentar su fortuna y vivir en la ociosidad de los placeres. Así, hu-



en la procesión de una festividad de la Paz



Una recepción en la villa de Livia

bo descendientes de las grandes casas que rehusaban ser senadores; y cada año costaba más encontrar cuestores y oficiales para el ejército, puestos reservados á la más escogida nobleza.

La nobleza romana que había escapado á las matanzas de Filipos, corría, pues, el peligro de perecer por una especie de suicidio lento.

Es cierto que Livia tenía una gran parte en la restauración de la antigua nobleza y nadie duda que impidió mucho á Augusto cuando éste propuso, hacia el año 18, sus famosas leyes sociales.

La Ley Maritandis ordinibus, procuraba aumentar los matrimonios y concluir la esterilidad; la Ley de Adulteris, castigaba con el destierro á la esposa infiel y á su cómplice; la Ley Sumptuaria, por fin, restringía el lujo, limitaba los esclavos, las joyas y prohibía la edificación de las suntuosísimas villas, tan en boga por entonces. En resumen, se quería que todos los hogares tomaran como modelo el de Livia. En una de las largas discusiones que estas leyes originaron en el Senado, Augusto habló largamente, citando á Livia como modelo de esposas y madres. Hizo un detalle minucioso de su casa, del manejo interior, de las diversiones, de las relaciones con los de afuera y hasta enumeró los diversos gastos. Y nadie creyó que era inconveniente introducir así abiertamente, el nombre de una gran señora en la discusión pública, de tan importante materia de gobierno.

De este modo, Livia personificaba á los ojos de los romanos, el tipo de la gran dama aristocrática, creada por la vieja tradición. Felizmente preservada á través de las guerras y disturbios, ahora podía lucir como una joya, engastada en la primera familia del Imperio. Pero luego ocurrieron disturbios y dificultades en la familia. Augusto había tenido una hija de Seribonia, llamada Julia, y, siguiendo la costumbre, le buscó marido muy joven, cuando aún

no contaba diecisiete años. Igualmente á Tiberio y Druso, de quienes era tutor, no tardó en hallarles esposa entre los amigos ó parientes. A Tiberio le dió Agrippina, hija de Agrippa, su íntimo amigo y fiel colaborador; á Druso, lo casó con Antonia, hija de Marco Antonio y Octavia, su hermana de él. A Julia le dió por esposo á Marcelo, hijo de Octavia y de su primer marido. Pero mientras las dos primeras parejas se avinieron admirablemente, no sucedió la misma cosa con la última. Como resultado, hubo numerosas diferencias y rencores en la familia. Parece que, influenciado por Julia, Marcelo tomó un aire de insolencia que cuadraba bien poco con un joven que, aunque sobrino de Augusto, sólo estaba dando los primeros pasos en la carrera política, llegando hasta á ofender á Agrippa, el cual, después de Augusto, era el primer personaje del Imperio. En realidad, á los diecisiete años, lo que quería Julia era que Marcelo estuviera inmediatamente en seguida de Augusto para colocarse ella casi al nivel de Livia. En las costumbres romanas, esta era la más grande de las subversiones, pues en todo caso, la mujer no debía impulsar al marido, sino seguirlo sumisamente como á su señor. Bonita é inteligente, dada á las artes y al lujo, llegó á personificar el polo opuesto de Livia y encabezó el grupo nuevo.

No es de extrañar que esta joven, dotada de tanto orgullo y ambición, no llegara á ser en las manos de Augusto un dócil instrumento de política como Livia. Julia quería vivir para sí misma y sus placeres, no para la grandeza política de su padre; y, en realidad, el Emperador se impresionó tanto con este contratiempo, que su gran conocimiento de los hombres le hacía apreciar en toda su extensión, que á la muerte de Marcelo estuvo vacilando mucho tiempo antes de casar de nuevo á la viuda. Parece que pensó casarla con algún senador ó caballero obscuro, á fin de quitarle sus ambiciones; pero, con gran sorpresa de todos, decidióse de pronto por el partido opuesto y la casó con Agrippa, es decir con el segundo personaje del Imperio, que colmaría más que nadie su amor al lujo y á los honores. Aceptó Julia, pues aunque veinticuatro años mayor que ella, al año siguiente llegó á ser colega de Augusto en el gobierno de la República y, en consecuencia, igual en rango y prerrogativas.

De esta manera, Julia, vió inesperadamente colmadas sus más grandes ambiciones y desde aquel día fué la segunda dama del Imperio y la primera al lado de Livia. Gastaba con largueza el dinero y pronto se formó en su alrededor una especie de corte ó partido, en el cual figuraban las más hermosas mujeres de la aristocracia romana. Su nombre y sus tendencias llegaron á ser populares en Roma, en especial entre el pueblo, para quien el nombre de "Julita" llegó á ser mucho más simpático que el de "Claudista", representado por Livia. Así, pues, la nobleza y la plebe no tardaron en dividirse en dos partidos, el de Livia y el de Julia, contando el primero á los viejos conservadores y el segundo á la juventud que innovaba. Esto se hizo más notable después, cuando Augusto quiso tomar una decisión muy significativa. Dijo que, desde que la Ley de Maritandis ordinibus exigía á los ciudadanos el número de tres hijos, y como él sólo había tenido á Julia, adoptaba como propios á los dos primeros que ésta había tenido de Agrippa. Lo cual fué para ella un triunfo tanto más grande, cuanto que desde aquel día sus hijos llevarían el nombre popularísimo de César. Pero la apasionada Julia puso de nuevo obstáculos en el camino del Emperador. A poco andar, orgullosa de su poder, empezó á hacer galas de ser todo lo contrario de su madrastra. Si Livia vestía lana, ella compraba sedas de Oriente; si Livia iba al Coliseo rodeada de viejos patricios, ella se exhibía por todas partes con una corte de

brillantes y elegantísimos jóvenes; y fué la primera mujer latina que obtuvo en Oriente, los honores de la apoteosis. La llamaron Diosa, Venus, Aphrodita, Genitrix... pero todos estos atentados contra la tradición no habrían sido nada, si su apasionado temperamento no la hubiera arrastrado á muchas más graves imprudencias. Por lo demás, Agrippa era á su lado un hombre tosco, de obscuro origen y que pasaba casi siempre ausente por los negocios del Estado; así es que nadie extrañó que la *Ley de Adulteris* no fuera tenida en todo su respeto por la hija del que la había dictado. Todo esto no hizo más que acentuar la división entre los de Livia y Julia. En cuanto á Augusto, pudo tener á los dos en cierto equilibrio hasta la muerte de Agrippa, ocurrida el año 12 antes de Cristo.

Entonces el Emperador creyó dar un golpe maestro obligando á Tiberio, hijo de Livia, á repudiar á su bella y amada esposa Agrippina, para casarse con Julia y unir así á los Claudistas y Julistas. Sacrificio durísimo fué para Tiberio y una vez realizado, habiéndose visto con su antigua esposa en una casa de sus amistades, empezó aquél á llorar tan amargamente, que Augusto dió las más severas órdenes para que nunca más volvieran á encontrarse. En cuanto á ella, aunque Tiberio había sido educado en la severa escuela de Livia, Julia celebró el acontecimiento como una posibilidad de subir al trono, pues su nuevo esposo era la gran esperanza de los romanos.

El nuevo matrimonio pareció al principio que iba ser muy dichoso. Julia amaba á Tiberio y éste hacía lo posible por ser buen marido. Luego Julia se sintió madre y esto iba á añadir un lazo más á los cónyuges; pero las diferencias de carácter no tardaron en marcarse con fuerza.

Tiberio era un Claudio, rígido, estricto y modelo de ciudadano. Aborrecía el lujo y pedía con insistencia que se cumplieran las leyes del año 18; mientras Julia proseguía caminando por el camino opuesto, cada vez más festejada y más sin vergüenza.

Para colmo de desdichas, el hijo que nació de ellos murió á los pocos días y la discordia no tardó en agriarse.

Sempronio Graco, se avanzó de nuevo al lado de Julia y Tiberio, el severísimo cumplidor de la Ley de Adulteris, vióse en el caso de aplicarla en su hogar. Pero Julia era hija de Augusto y ¿podía él mostrar á todo el Imperio los escándalos del Palatino? ¿Podía infamar y desterrar á la hija del Emperador? Y Julia abusaba porque sabía que el amor de su padre le aseguraba toda protección. Tiberio no tuvo pues más que tascar el freno y guardar las apariencias; pero la situación se hizo extremadamente grave cuando los enemigos políticos del joven, que lo detestaban por su rígida pureza, empezaron á aprovecharse de los disturbios domésticos.

Julia había perdido la esperanza de ser la primera mujer del Imperio, como esposa de Tiberio, después de la muerte de Augusto y así sus partidarios empezaron á minar la situación del primero oponiéndole á Cayo César, el hijo de de Julia y Agrippa. Consiguieron del Senado que, aunque el joven no contaba más que 14 años, se le nombrara Cónsul de Roma para cuando cumpliera veinte, á fin de llamar la atención pública hacia él y conquistarse al futuro jefe del Estado.

Cayo César fué Cónsul.

Pero Tiberio era un patricio, un orgulloso intransigente y, sin aceptar favor alguno de Augusto, pidió permiso para retirarse á Rodas. Creyó que esto le atraería grandes simpatías; pero fué todo lo contrario: la opinión pública lo condenó severamente y en su ausencia sus amigos ganaron todo el terreno que quisieron.

En tanto, Julia se quedó en Roma y desde ese momento se trabó entre ella y Livia un duelo mortal.



**EN EL ESTABLO DE LAS OVEJAS**  
**Cuadro de Charles Emile Jacke**



LA MUERTE DE WERTEHR

L. BAUDE

## Conversando sobre Arte

UN RECUERDO A DON BENJAMIN VICUÑA SUBERCASEAUX.—REFLEXIONES SOBRE EL ARTE,  
A PROPOSITO DE UN ARTICULO DE 'EL FIGARO'



El número de "Selecta" del mes pasado publicó un artículo sobre Bellas Artes que he leído con un sentimiento mezclado de honda tristeza y de admiración. Este artículo era firmado por mi malogrado y genial amigo, Benjamín Vicuña Subercaseaux y fué como uno de esos últimos rayos que centellean y fulguran en los crepúsculos todavía llenos de ricos matices y de soberbios colores, pero prontos ¡ay! á apagarse. Y una vez más, al leer esas líneas llenas de vida

y de colorido, admiraba la prodigiosa facultad de inteligencia y de asimilación, el extraordinario afán y el sutil instinto del joven escritor para comprender y abarcar todo lo que entra en los dominios del refinamiento humano y de la cultura intelectual y una vez más también me afirmé en una idea que desde mucho tiempo atrás, me había preocupado; y es que en esta naturaleza vibrante y brillante, la llama debía consumir pronto el combustible.

Como si hubiera tenido un presentimiento del sino fatal, con febril actividad, él quería verlo todo, conocerlo todo, comprenderlo todo y después exteriorizar sus impresiones, sus goces, sus admiraciones, porque como todos los grandes corazones, y las naturalezas privilegiadas, Benjamín Vicuña tenía el don de la admiración, don precioso y sublime que envuelve en luz el camino del que lo posee, y, también que lo hace bueno, caritativo, generoso é indulgente para todo y para todos.

Estas eran las cualidades humanas, por todos reconocidas de Benjamín Vicuña: de sus cualidades intelectuales dá y dará testimonio la considerable labor que ha cumplido en tan cortos años, adivinando quizás el destino le concedería muy poco tiempo para cantar la alegría de sentir, de ver y de comprender, que él resentía con más intensidad que ningún otro: por eso, necesitaba exteriorizar sus sensaciones intelectuales como necesitan cantar las aves, y como están obligadas las flores á expender los perfumes que reciben de la tierra y del sol.

A pesar de la enfermedad traidora y de los sufrimientos físicos, durante su permanencia en París, que un instinto, quizás, le hizo acortar precipitadamente, como si quisiera venir á cerrar sus ojos para el último sueño en el suelo de la patria y en el regazo maternal, en esta última temporada parisiense él encontró un nuevo alimento para su actividad cerebral en las Bellas Artes y el artículo de "Selecta" fué el resultado de su trabajo en esta nueva veta que quería explotar y de la cual este ensayo primero y ¡ay! último, demuestra que habría sabido sacar ricos metales y piedras preciosas.

Ahora su cuerpo vencido descansa en paz, al lado del de su ilustre padre de quien quizo y supo ser digno hijo, en este maravilloso Cerro Santa Lucía, tumba mucho más admirable que la roca solitaria del orgulloso Chateaubriand y su alma pura y buena ha ido á conocer el gran misterio, sin el cual la creación y la vida no tendrían ni significación ni sentido...

El artículo de Benjamín Vicuña Subercaseaux está dedicado exclusivamente al Salón de la Sociedad Nacional de Bellas

Artes, cuyas tendencias é historia son muy claramente explicadas y definidas por él, pero no dice nada del Salón de la otra gran Sociedad, la de los artistas franceses.

Sobre este salón, ó mejor dicho sobre reflexiones que él inspiró á uno de los críticos de arte los más calificados de la hora presente, el célebre Arsène Alexandre deseaba yo hablar, desde hace tiempo, porque muestra una evolución sumamente interesante que yo presentía y esperaba.

Pero antes de entrar en materia quisiera hacer una declaración de principios ó una profesión de fe. Que se me permita por una vez hablar de mi carrera anterior porque no quiero que se crea que he seguido el consejo que le diera antaño al fiero Sicambro, de quemar lo que había adorado y de adorar lo que había quemado. Siempre, pues, en mi época combativa en París he figurado en las filas avanzadas: he sido anatematizado por críticos reaccionarios como impresionista... ¡horresco referens! como diría mi sabio amigo Omer Emeth; hasta tengo el honor de figurar en el capítulo dedicado á los impresionistas, en un libro sobre arte moderno. Es decir, que no puedo ser sospechoso de reacción ni siquiera de conservatismo en materia artística ó intelectual; por lo demás, he tenido otras veces, ocasión de decir que nunca me han gustado los epítetos ni las clasificaciones con palabras en "ismo".

Sí, es cierto, he tenido pasión por los maestros modernos, no solamente en la pintura, sino en la literatura, en el teatro y en la música: he peleado, cuando era peligroso hacerlo por Manet y por Monet, por Degas y por Renoir, por Huysmans y por Verlaine, por Bequer y por Ibsen, por Wagner, por Frank y por Debussy y cuando digo peleado, no se crea que empleo una palabra de retórica: eran peleas, con sus disgustos consiguientes, con rupturas de amistades, con insultos... así como suena! pero—y eso lo digo bien alto—nunca he comprendido ó admitido el exclusivismo y las fórmulas ó etiquetas.

Creo que para calificar obras de arte no hay sino dos palabras: las buenas y las malas, que se califican por añadidura de impresionistas, de clásicas, de románticas ó... de qué sé yo. Los genios creadores, los artistas que verdaderamente tienen facultades especiales y dotes naturales, encuentran las fórmulas que sirven para expresar sus ideas ó exteriorizar sus facultades, pero las encuentran **instintivamente** sin buscarlas. Cuando una fórmula es empleada, voluntariamente, por otro que el que la ha inventado ó descubierto prueba una falta de **numen** artístico ó una deplorable desconfianza en las propias facultades; prueba también una falta de sinceridad delante de la Naturaleza... y, ¡ay del artista que bajo cualquiera forma que sea no es enamorado de la Naturaleza!

Pues bien, lo que quería decir es que, en esa época en que, por mis obras, los críticos me colocaban entre los de vanguardia y en que tanto me entusiasmaban los maestros de la escuela moderna, nunca dejé de tener al mismo tiempo un verdadero culto por ciertos grandes artistas, cuyos nombres han servido de bandera á los devotos de las escuelas llamadas clásicas: y estos artistas eran, además de Delacroix (¡mi primera gran pasión!) y sin salir del siglo XIX y de la Escuela francesa, eran pues **David** é **Ingres**, el primero, víctima también, en muchas de sus obras de una fórmula estrecha pero que él sabía soberbiamente romper en sus admirables retratos y en su "Sacre de Napoleón" y el

segundo, el que más sintió y mejor expresó, después de Rafael, la belleza y la armonía de la forma.

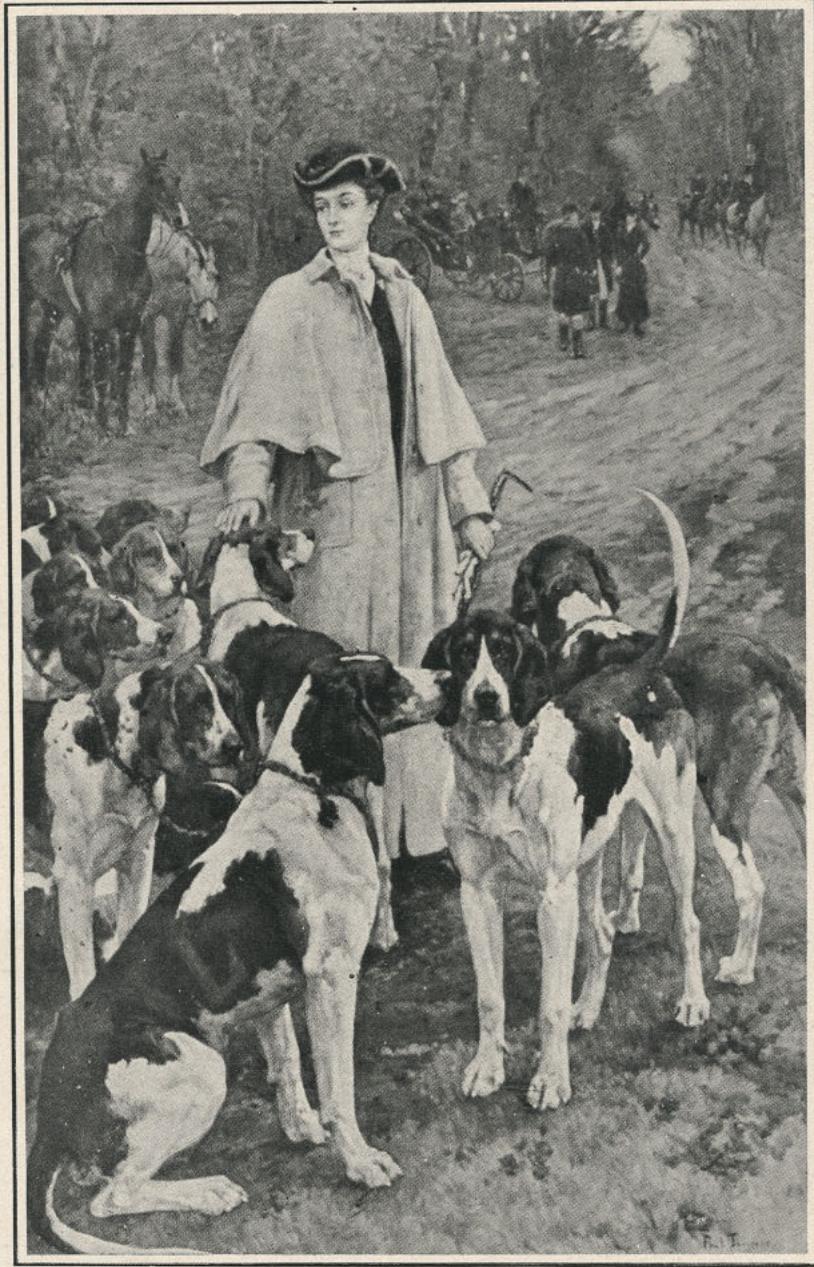
Y, aquí viene un paréntesis que dedico á los intransigentes y á los míopes intelectuales, á los que no quieren conocer, sino lo que se ofrece á su reducido radio visual; uno de los maestros más incontestados de la escuela ultra-moderna, uno de los que después de una larga carrera, no fué admitido sino hace muy poco tiempo por el público, uno también de los más altivos y de los más honrados en su carrera, es el pintor **Degas**, cuyas obras son tan originales, tan personales, y se apartan tanto de toda convención y de toda fórmula conocida, que, á pesar de haber sido impuestas por la unanimidad de los intelectuales, al gran público, este que ya las admira, todavía no las comprende bien,

porque chocan demasiado las ideas admitidas sobre la manera de ver las cosas, la línea de horizonte convencional, el campo de visión, etc... Pues bien, **Degas**, el revolucionario, el destructor de viejos moldes, tiene en su mesa de trabajo—y eso me consta personalmente—como la más preciosa reliquia, un modelo en yeso de la **mano** de Ingres, tal es la veneración—rayana en culto—que le inspira el viejo maestro clásico!

Bueno, ¿á qué viene todo eso? Pues, á afirmar y á dejar bien sentadas dos cosas: 1.º, que la base de todo arte es la honradez, el respeto de ciertos principios incommovibles, como es la ciencia del dibujo antes de pensar en cualquiera fórmula de ejecución; y 2.º, que si los verdaderos artistas deben tener preferencias naturales é instintivas, según sus temperamentos, deben también cultivar sus cerebros y sus sentimientos para hacerlos aptos á comprender que el arte no existe sólo en las fórmulas de sus afecciones, fórmulas que por lo demás son bien efímeras cuando no son apoyadas por la personalidad, la ciencia y la experiencia propia.

Después de este largo preámbulo, destinado á afirmar ciertos principios que para mí son artículos de fe y que me han sido inculcados, cuando era todavía un niño por la suerte que tuve de ser dirigido por grandes artistas que eran al mismo tiempo grandes corazones, puedo comunicar á mis lectores, las reflexiones que me inspiró el artículo sobre el Salón de París de 1911, escrito por Arsène Alexandre. Una de las ideas que siempre he tenido es que los verdaderos artistas, producen sus obras, sobre todo sus primeras obras, espontáneamente, sin saberlo, casi sin darse cuenta. Después, vienen los li-

teratos, los críticos de arte, y estos entonces, empiezan á inventar nombres de escuelas—en "ismo"—á clasificar, á determinar fórmulas y á encerrar á los pobres artistas en dichas fórmulas. Hasta el último cuarto del siglo XIX, la producción artística en París, aunque abundante, no tenía comparación con lo que se ve desde unos veinticinco años. Fuera del salón oficial anual, habían muy pocas exposiciones y, por consiguiente, los críticos de arte no necesitaban de la febril actividad á que se ven obligados hoy día; además, la competencia entre ellos no era ni muy severa ni muy dura. Pero con el extraordinario desarrollo artístico que empezó á manifestarse entre los años 1875 á 1880, coincidiendo con la transformación de la prensa diaria y la creación de innumerables revistas, con el increíble florecimiento del "arri-vismo" las relaciones entre los artistas y el público experimentaron una tremenda sacudida... y los críticos empezaron á asumir un papel muy nuevo, el de **descubridores** de genios ó escuelas nuevas: antes, los más atrevidos, los más inteligentes é intelec-



UN RINCON DEL BOSQUE FONTAINEBLEAU

E. TAVERNIER



EN LA MISA

P. GOURDAULT

tuales procuraban comprender y hacer comprender á sus lectores las obras que los artistas nuevos presentaban á los salones ú otras exposiciones; pero desde entonces, para conseguir el título de príncipe de la crítica, ó conservarlo, fué preciso descubrir algo nuevo, siempre, siempre: lo que menos les importaba era la **realidad** de su descubrimiento, lo único indispensable era la ocasión de hacer un trozo de literatura artística, lanzando un nombre nuevo, una escuela nueva, un epíteto nuevo... una especie de **resurgimiento** artístico, en una palabra, en que las Sociedades anónimas eran reemplazadas por escuelas ó nombres destinados á volver pronto á la nada, después de haber procurado al crítico descubridor uno ó varios artículos, lo que, casi siempre era lo **único** que le interesaba.

Sin embargo, en medio de tantos que luchaban por el reinado de la crítica, había algunos hombres de indiscutible talento, de vasta ilustración y de una perfecta buena fe, únicamente sujeta á ciertos fenómenos de auto-sugestión y entre estos descollaban y todavía descuellan, los distinguidos y nobles literatos Arsène Alexandre, Gustave Geffroy, Gabriel Mourey, y otros: los tres nombrados eran partidarios decididos de las escuelas modernistas y, si bien demostraban una respetuosa y sincera admiración para los grandes maestros desaparecidos, David, Delacroix, Ingres, Corot, Millet, en cambio no vacilaban en tratar con extremo rigor á los más célebres artistas **vivos** representantes de las escuelas opuestas á las de sus afecciones que eran naturalmente las impresionistas y ultra-modernistas. No se contentaban, pues, con exaltar los méritos de estos artistas modernistas, sino que se servían de ellos para destrozár á los otros.

Hace diez años que he salido de París; diez años, pues, que he perdido el contacto directo con esta vida intensa, que fué la mía durante cerca de veinte años: por eso mismo estoy en muy buenas condiciones para juzgar con criterio sereno y frío la evolución que significa para mí el artículo del "Fígaro" de-

dicado al Salón de 1911 por uno de los más ardorosos y vehementes defensores de las escuelas modernistas cual era Arsène Alexandre, para quien, lo repito, ciertos nombres de artistas eran como símbolos de lo que se debe atacar en el arte, y entre estos nombres figuraba el del viejo é ilustre Bonnat. Pues bien, abro el "Fígaro" y leo lo siguiente: ... "Pasemos á estudiar los retratos, las imágenes fisionómicas que otros irán á **interrogar**, algún día, como nosotros vamos á interrogar las de los que nos han precedido. Pero me parece justo inscribir á la cabeza de los artistas que procuran resolver el enigma de las caras, ó conservar el recuerdo de su belleza, á **M. León Bonnat**. Los retratos de Mme. Audard y de M. Alexis Rostand continúan esta sorprendente galería de retratos, esta amplia y poderosa colección de documentos, cual es la obra de este maestro, **modelo de probidad, de fuerza y de rectitud**. En el conjunto de sus obras todo es claro y leal, todo es verdad y sinceridad. Por eso, señalo antes que cualquier otro, estos dos nuevos retratos. Cada pintor puede dedicar al estudio de los modelos que se dirigen á él, sus dotes particulares de seducción, su interpretación personal y aún, hasta cierto punto, su **ufantasia**: **pero todos los artistas ganarán estudiando el conjunto de la obra de M. Bonnat, nó para imitarlo servilmente, pero para tomar en estas obras lecciones de altiva y sana conciencia**"...

Y pasando á dos célebres paisajistas, representantes de una escuela que no es la modernista de hoy—pues, cuál será la de mañana?—dice así Arsène Alexandre:

"Por lo mismo que quise empezar las reflexiones que inspiraron los retratistas, por **M. Bonnat**, creo indispensable encabezar el examen de los paisajistas por **M. M. Harpignies y Guillemet**.

Aunque el primero sea, y de mucho, de mayor edad que el segundo (y aún que todos los pintores actuales) las carreras de los dos pueden ser ofrecidas juntas como ejemplo de hermosa



EN LAS FUENTES DEL AMOR

PAUL GERVAIS



EN LAS FUENTES DEL AMOR

PAUL GERVAIS

unidad, de trabajo constante y razonado. Es muy fácil, cuando un artista se impone á la atención por ciertas singularidades, decir que él "no hace concesiones" pero es más difícil, cuando es por la sencillez y la honradez que el pintor se impone á la consideración. Sin embargo, es posible también "no hacer concesiones" en esta manera sencilla que justamente no quiere hacer concesiones á la singularidad. Y, es algo muy serio y muy meritorio, haber consagrado una vida entera á decir cosas justas y naturales.

M. Harpignies no ha dejado nunca de hacerlo y tampoco M. Guillemet quien recibió de Corot preciosas lecciones de buen sentido y de amor sincero á la Naturaleza... Repetiré, pues, á propósito de estos dos artistas, lo que dije de M. Bonnat. Es bueno, es indispensable buscar recursos nuevos, rasgos atrevidos, pero es necesario tomar de los laboriosos y sinceros "viejos", lecciones de método de constancia y de perseverancia en las ideas".

Ahora, no se crea que Arsène Alexandre, canta, con eso, la palinodia, como he procurado explicar en el preámbulo de este artículo, que tampoco la canto yo. El no dice que **prefiere** las obras de Bonnat á las de Manet, ni las Harpignies á las de Corot ó de Monet, pero dice como siempre dije yo, que, al lado, ó mejor dicho, por encima de los gustos personales, hay los grandes é inmutables principios de la honradez y de la conciencia artística, y que si las fórmulas son forzosamente efímeras, estos principios son eternos y los artistas que han hecho de ellos la base de su carrera merecen el respeto de todos y principalmente de los que aspiran también al título de "artistas".

He creído bueno y oportuno presentar ahora estas reflexiones á las personas que se interesan por el Arte, y confieso que ha sido para mí un alivio y consuelo el ver á un hombre como Arsène Alexandre no ha vacilado en proclamar esta idea que sustento y que siempre he sustentado, y que por cierto no modifica en nada las aficiones especiales para las obras que corresponden mejor á mi temperamento y á mi modo de ver.

Ahora bien, ¿por qué habrá creído necesario hacer estas declaraciones el señor Alexandre, que ha tenido siempre y sigue teniendo simpatías profundas por los maestros de las escuelas llamadas modernistas? Para mí, el motivo es claro y natural. Con el increíble y desenfrenado desarrollo del cultivo de las Bellas Artes, en los últimos tiempos, con el afán que tienen los "arrivistas" de llegar pronto y de cualquier manera, á la popularidad, y de llamar la atención, con la multiplicación de las Exposiciones, de los grupos artísticos, de las pequeñas capillas, cuyo primer principio es: ¡surgir! los hombres buenos y sanos como Alexandre han visto el peligro de la pérdida de las tradiciones, de la conciencia artística, de la honradez intelectual.

Ya, para muchos, no se trata de hacer obras sinceras y buenas, sino de hacer algo nuevo y espeluznante, y como es muy difícil encontrar una fórmula nueva verdaderamente original, se toma una ya explotada, deformándola y exagerándola. El **atrevimiento**, es la primera, es la suprema, es la única cualidad, olvidando á los partidarios de esta teoría que en las Bellas Artes como en el arte militar, el atrevimiento, si no está apoyado por la ciencia y la táctica, y también por tropas seguras y aguerridas que en el arte son el dibujo, el conocimiento y el respeto de las tradiciones, lleva directamente á los más completos fracasos.

Y cuando Arsène Alexandre y todos los que pensamos del mismo modo rendimos homenaje á los antiguos y siempre nuevos y eternos principios del arte, es justamente para hacer comprender que nuestra admiración por los grandes jefes modernistas viene de que ellos no han abandonado nunca estos principios y que si han llegado á imponerse sus fórmulas personales y nuevas, es por-



CREPUSCULO

L. HARPIGNIES

que estas fórmulas habían sido encontradas á fuerza de trabajo honrado y constante y están basadas sobre los mismos principios que forman la cadena de las tradiciones y de las cuales, nunca, en ninguna época, los verdaderos artistas han podido prescindir.

Y además, ¿cuántos años no han necesitado Corot, Millet, Manet, Renoir, Monet, Puvís de Chavannes, Carrière, para no citar sino los más gloriosos maestros modernos, para imponerse y también para llegar á la maestría suprema? ¿Cuántas jornadas no han hecho? ¿Cuántos sinsabores, cuántas inquietudes y vacilaciones no han tenido? Si sus obras consistieran sólo en una

fórmula superficial y efímera, y si no estuvieran profundamente pensadas, cimentadas, construídas ¿quién puede creer que se habrían impuesto al mundo? Pero desgraciadamente, muchos jóvenes engañados los unos, engañadores los otros, no han querido ver el trabajo anterior de estos grandes artistas, no han querido comprender á costa de cuántos sufrimientos habían conquistado al fin el éxito, no han querido tampoco ver toda la ciencia, todo el trabajo honrado que había debajo de la fórmula: lo único que han visto es que estas fórmulas por su novedad, habían provocado grandes discusiones, á veces escándalos, es decir ruido y éxito.

Ciertos pintores, ingenuamente, con perfecta intención otros, han buscado el mismo ruido, exhibiendo cosas fantásticas y algunos lo han conseguido al principio y **durante algunas horas**. Pero el público se cansa aún de divertirse y de meter bulla y cuando comprende que se quiere sencillamente abusar, se desinteresa completamente de los charlatanes, aún para indignarse contra ellos... y los buscadores de éxitos fáciles y de gloria barata han conseguido al fin que venga una reacción buena y sana, y que las cosas, según la lógica eterna vengán á colocarse en su sitio.

Es eso lo que se debe ver en el artículo del señor Arsène Alexandre.

Por eso creo que para los artistas jóvenes es peligrosísimo confiar en una fórmula de apariencia atrevida y más ó menos de moda y sobre todo aquí donde no hay el movimiento vertiginoso, la contante evolución y el gran eclecticismo de los centros artísticos europeos, que sacuden á los jóvenes (hablo de los honrados) por fuerza y los preservan muchas veces del empacamiento y del amaneramiento. Los primeros principios que debe tener un joven artista son la honradez y la sinceridad delante de la naturaleza: aprender á ver, á dibujar y á copiar lo que ve, lo más honradamente, lo más sinceramente posible y meterse bien en la cabeza que los grandes maestros y jefes de escuelas han hecho sus primeras obras procurando sencillamente reproducir lo mejor posible lo que les había impresionado y sobre todo, sin saber que ellos serían los Corot, los Manet, los Goya, los Puvís de Chavannes, etc... que provocan hoy la admiración universal. Fe en ellos mismos y en el porvenir y entusiasmos, sí los tenía de sobra, pero no procuraban imitar á nadie ni adoptar fórmula alguna muy marcada, y no creían tampoco hacer obras maestras y por eso ellos encontraron su fórmula personal, original y nueva, refinándola, ensanchándola á medida que, con la madurez y la educación, les venía la conciencia de su fuerza y la maestría: en cuanto á la idea preconcebida de formar escuela creo que ninguno de estos grandes artistas la tuvo, hasta que la opinión del público ó de sus discípulos se la hubo impuesto...

Después de las grandes manifestaciones artísticas que Santiago presenció desde el año pasado y la efervescencia natural que éstas produjeron en muchos cerebros jóvenes, que, por la situa-

ción geográfica de Chile, tenían por primera vez la ocasión de ver juntas tantas obras de arte y de tantas escuelas diferentes, creo que estas observaciones y reflexiones generales podrán, si no convencer, por lo menos dar qué pensar á los que quieran leerla con sinceridad y espíritu reposado.

Volviendo al artículo del "Figaro", veo que M. Arsène Alexandre dedica dos largos párrafos, constatando y celebrando el gran éxito que tuvieron los cuadros de dos conocidos nuestros en la Exposición del Centenario, M. Joseph Bail, (cuyo cuadro "El aseo de los bronce" quedó en el Museo), y Renard, el autor del "Viatico" (es tanto más sensible que, á pesar de los deseos de muchas personas, este cuadro no se haya quedado también en Santiago) que por lo que se ve, el autor está conquistando una situación de primera fila en el arte contemporáneo. En otra parte de este estudio se ha podido ver también de qué modo se expresa Alexandre del gran paisajista Guillemet, de quien posee el Museo un importante cuadro, adquirido en la Exposición, y del viejo maestro Harpignies, que tiene también en Santiago un paisaje que es una de las joyas del Museo.

Pero ya que se va haciendo largo este artículo, y antes de concluirlo me queda sólo señalar una nota por demás agradable y simpática: la del éxito que tuvo en el salón de París el distinguido pintor chileno don Carlos Alegría. Dos veces cita su nombre Arsène Alexandre, entre las obras de pintura más notables y también entre los dibujos. No solamente no me sorprende este brillante "debut" del señor Alegría, sino que estoy orgulloso de haberlo previsto y anunciado. Para mí, había sido incomprendible, hasta el punto de inspirarme serias dudas sobre la seriedad del jurado en la Exposición de Buenos Aires, el que el retrato presentado ahí por el señor Alegría y que insisto en considerar como una de las mejores obras chilenas de los últimos años, no haya recibido ninguna recompensa. Ahora constato con placer, por el éxito obtenido en París por el joven pintor, hasta el punto de llamar la atención de la crítica, con sus primeras obras, que no sería yo quien me equivocaría al juzgar como lo hice sus admirables condiciones de delicadeza, de sensibilidad y de independencia.

Me felicito de ello por el señor Alegría y por el arte chileno.

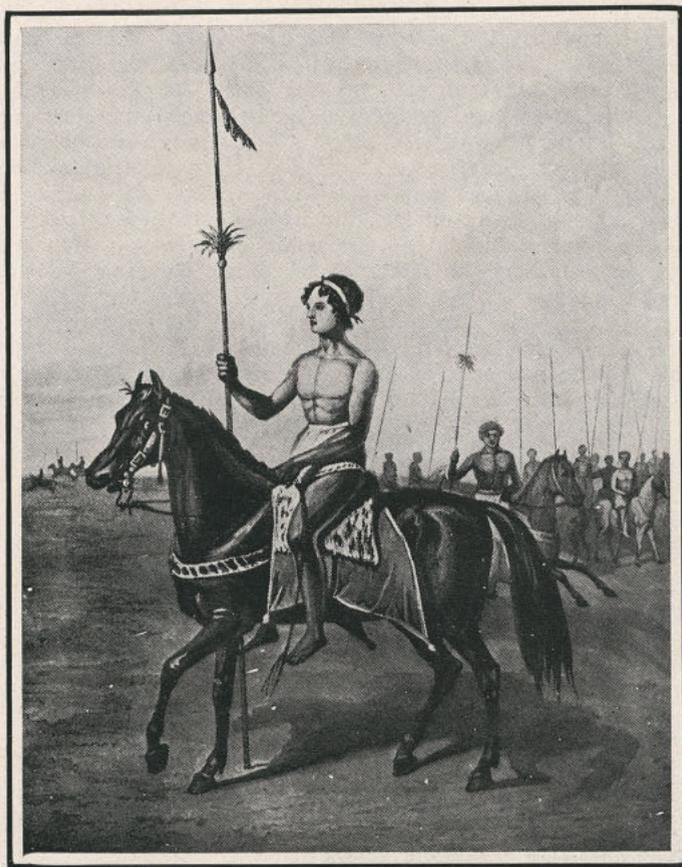
RICHON-BRUNET



EL ALMUERZO DE LAS HUÉRFANAS  
EL DÍA DE LA PRIMERA COMUNIÓN.

E. RENARD

# El Santiago de otro tiempo



Indio araucano



ELICES ó desgraciados, siempre los recuerdos del pasado, tienen un encantado atractivo para todas las generaciones; grandes y chicos comparan el presente con el pasado; los grandes admirando el progreso de la civilización; los chicos mirando como una fábula la historia antigua, para ellos in-

verosímil, por diferenciarse tanto de la actualidad. Así haremos recordando hoy día los primeros pasos de Chile en la civilización, comparando sus ilusiones del siglo XVI con el adelanto y la realidad del siglo XX.

Como el abuelo rodeado de sus nietecitos, agrupados en su alrededor, cuenta el cuento antiguo, siempre el mismo y siempre oído con gusto, recordaremos volando el cuento viejo de la conquista de Chile y de la fundación de Santiago; viviremos un instante en el Perú, y al medio de los indios, en el año 1524, época en que llegaron á ese país tres aventureros españoles, sedientos de oro y de conquista, atraídos por las brillantes relaciones que del Perú hizo su descubridor Nuñez de Balboa. El uno, Francisco Pizarro, era guardián de cerdos; el otro, Diego de Almagro, soldado que había seguido en otro tiempo á Gonzalo de Córdoba en la guerra de Italia; y por fin, el tercero, Fernando de Luca, sacerdote y maestro de escuela, pusieron en comunidad sus patrimonios y sus ambiciones inmensas. Fueron inseparables en el tiempo de la adversidad, pero la fortuna los dividió. Pobres se amaron, ricos se aborrecieron!

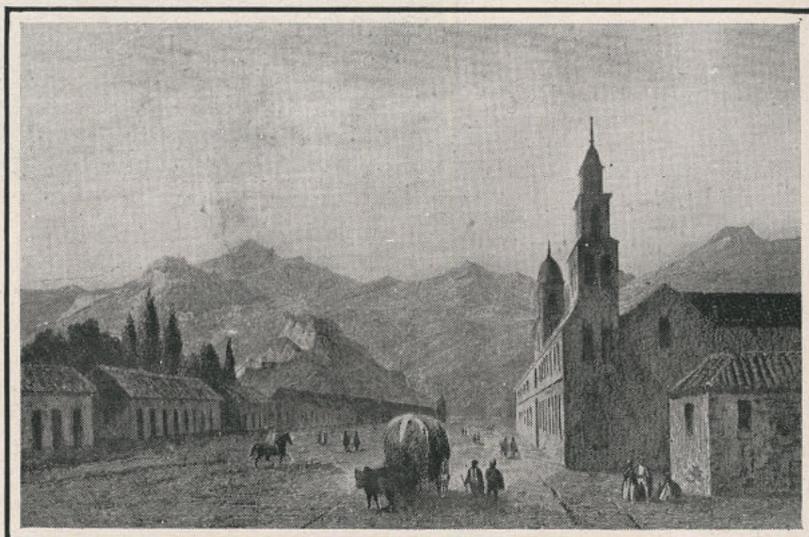
Fernando de Luca, fué promovido á la dignidad de Obispo, Francisco Pizarro á la de Capitán General del Perú y Diego de Almagro fué nombrado adelantado ó Gobernador General de un territorio, que debía tener 200 leguas de extensión, desde la frontera del Perú hacia al sur. Pronto Almagro partió á la conquista de su tierra, poblada entonces por indios y araucanos, mandó adelante un regimiento de 15,000 indios sometidos bajo las órdenes del teniente Saavedra, con orden de detenerse á 150 leguas del Cuzco y fundar allí la colonia de

Paria, (esto fué en 1535). Almagro, después de haber atravesado la cordillera con sus soldados españoles, fué á tomar posesión de Copiapó. Seguía más al sur, yendo de conquista en conquista, cuando recibió la noticia de que la revolución había estallado en el Perú; resolvió entonces trasladar sus soldados bajo los muros del Cuzco, donde estaban bloqueados los hermanos Pizarro, por quienes tenía hoy día, odio y rencor. Atravesó nuevamente la cordillera, esta vez en pleno invierno, con caminos intransitables, cubiertos de nieve y en medio de tempestades, perdió sus caballos, sus bagajes, 200 españoles y 10,000 indios. Una división de españoles que atravesó este mismo paso cinco meses después, encontró á aquellos infelices que habían perecido al rigor del frío, y vió á muchos de ellos, que, apoyados en el peñasco, tenían todavía la brida de su caballo.

Por fin, Almagro llegó con el resto de su ejército frente al Cuzco, reuniendo los muchos prófugos del partido de Pizarro y presentó la batalla á los peruanos, obligando á los tres hermanos á rendirse. Después de nuevas batallas él mismo cayó en manos de Francisco Pizarro que lo condenó á muerte. Mientras Almagro estaba prisionero hizo en vano recordar á su juez, la amistad que los unía al principio y los servicios que había prestado á la causa común; en vano lo conjuraba, derramando abundantes lágrimas para que tuviese piedad de sus canas, (tenía 75 años). De este modo aquel soldado veterano, que durante el curso de su larga vida había manifestado siempre un valor á toda prueba, tuvo miedo de la muerte, y se humilló hasta pedir un perdón que se le denegó; fué encerrado pues, en una cárcel y decapitado en plaza pública en el mes de Abril de 1538.

Pizarro quiso seguir por su cuenta la conquista de Chile y á ese efecto, puso los ojos en un oficial llamado Pedro de Valdivia, que había servido con honor en Italia. Valdivia llevó consigo un cuerpo de muchos miles de peruanos sin contar mujeres y sacerdotes que lo siguieron para formar una colonia.

Al declinar la tarde del día 19 de Enero de 1540, una cuadrilla de 150 caballeros penetraba en la catedral del Cuzco en actitud reverente y á la vez altiva; iban desnudos de sus cascos y celadas, pero llevaban en alto las espadas, y seguían con la vista el pendón de Castilla, que por delante de la columna, desplegada al viento, llevaba un capitán de guerra. Introducidos los conquistadores en el templo, un soldado de rostro varonil y de arrogante porte, se adelantó hacia el sitial en que el Obispo de aquella iglesia, y el primero que lo fué de la América del Sur, Fray Vicente Valverde, presidía la ceremonia religiosa, y en sus manos, en presencia del estandarte real, dispuso la promesa solemne



La Cañada



Casa de hacendado en 1790

por sí, y sus compañeros, de que en la conquista que iban á emprender desde la madrugada siguiente, su primer cuidado sería, fundar una ciudad, bajo la invocación del apóstol de los caballeros españoles y edificar en el lugar más privilegiado de su recinto, una iglesia consagrada á la Asunción de la Virgen María.

El capitán que hacía aquel voto llamábase Pedro de Valdivia. El día siguiente, 20 de Enero, emprendieron viaje al sur; once meses después los peregrinos del Cuzco se detenían á las orillas de un río de poco caudal, que corría al pie de un cerro llamado muchos años después, San Cristóbal. A la márgen meridional de ese río resolvieron hechar la planta de la ciudad, que habían ofrecido al apóstol soldado, así como erigir en su circuito, la iglesia prometida á María. Ese fué el origen del nombre de la capital

de Chile, llamada desde su fundación, Santiago y ese fué también, el origen de nuestra catedral, consagrada todavía hoy día á la Asunción de María.

Echaron los primeros cimientos de Santiago el 25 de Febrero de 1541. Apremiados los conquistadores por los asomos del invierno, sólo levantaron algunas palizadas y ranchos de totora, en semejanza á las rucas indígenas; entretanto los indios no cesaban de molestar á los trabajadores, con combates diarios, incendiando las casas y destruyendo las cementeras; por fin en el verano de 1542 Valdivia consiguió fortificar la ciudad, y reconstruirla con material de adobón y teja para ponerla al abrigo de nuevos incendios. La planta primitiva de la ciudad comprendía 10 calles de oriente á poniente, desde la falda occidental del Santa Lucía y ocho de norte á sur entre la cañada y el río.

El primer plan científico de Santiago, fué dibujado en 1712, por el ingeniero francés Frazier y presenta la ciudad dividida en 8 manzanas.

El núcleo de la ciudad había estado sin embargo desde la primera hora de su fundación en la plaza principal, llamada después de su fortificación "Plaza de armas", forma de nuestra historia civil y que el arte ha transformado hoy día en un vergel de flores cuyos muros son palacios.

Durante 25 años la colonia del Mapocho arrastró una existencia de sufrimientos y de trabajo. Cuando el año 1557 se descubrió al norte de la provincia de Santiago las ponderadas minas de oro de Choapa, y en 1561 en un cerro llamado Hornilla, otra mina de oro tan copiosa, que en 6 meses su dueño recogió medio millón de pesos. Desde entonces, Chile comenzó á tomar vuelo de una manera rápida, en todos los ramos de producción, en que se prestaba su generoso suelo y su clima privilegiado.

A la gran falta que cometió Valdivia, de diseminar sus fuerzas para establecer varias colonias, se juntó la traición de Lautaro, auxiliar en el ejército español, que abandonó de repente la causa de Valdivia presentándose á los jefes araucanos quienes peleaban desde largo tiempo infructuosamente, contra los españoles. El 2 de Diciembre de 1553, los araucanos atacaron con 13,000 hombres el campamento español y después de una lucha encarnizada, habiendo tenido que retirarse, siguiendo el consejo del prófugo Lautaro de apoderarse de un desfile por donde debía pasar el enemigo. Adoptóse al instante el proyecto y se encargó su ejecución al mismo Lautaro, que hizo entonces prodigios de valor, para peder á los españoles. Fueron todos degollados á excepción de Pedro de Valdivia y de un sacerdote que cayeron vivos entre las manos de sus enemigos, sedientos de sangre y hambrientos de carne europea; cometieron con sus prisioneros las crueldades más inauditas. Habiendo atado á aquellos dos desgraciados á un árbol, cortarónle á uno un pedazo de carne, la que comieron los jefes después de haberla tostado á la presencia de sus víctimas. Habiendo visto Valdivia la suerte de su compañero de infortunio, imploró la piedad de Caupolicán, prometiéndole que si le concedía la vida, los araucanos le tendrían en adelante por su mejor amigo. Movido entonces Lautaro de la más viva compasión, á la vista del desastroso infortunio que estaba experimentando un hombre, de quien había



Tertulia en 1810

recibido los más grandes favores, intercedió con Caupolicán para la conservación de su existencia. Este jefe dotado de sentimientos generosos, estaba ya á punto de concederle la gracia, cuando un anciano indignado, al ver la perplejidad que manifestaba el general, cojió una maza y descargó



Carreras en las lomas de Santiago en 1810



Paseo á los Baños de Colina

con ella un furioso golpe, sobre la cabeza de Valdivia, que cayó al momento sin sentido. A esta señal, los araucanos precipitándose sobre aquel cuerpo exánime, le hacen sufrir mil ultrajes, sirviendo sus carnes para un horroroso banquete y sus huesos para flautas y trompetas. Tal fué el desgraciado fin de aquel ilustre capitán, cuyo sólo nombre inspira todavía terror á los descendientes de aquella nación que él combatió durante tres años.

Durante el reinado de Carlos V, las colonias españolas fueron tratadas con alguna contemplación, pero después de la muerte del Emperador, la real hacienda se vió cargada de deudas. La Metrópoli en sus cambios comerciales con las colonias quiso recoger todas las ganancias, cargando un derecho de aduana exorbitante sobre todas las mercaderías procedentes de las colonias y obligando á Chile á abandonar el cultivo de la viña y del olivo para consumir únicamente los vinos y aceites traídos de España. Todos los tesoros de la América debían llevarse á la Metrópoli porque los americanos no tenían derecho de comprar á otras naciones sus artículos de consumo. La tiranía se iba haciendo intolerable, las ideas de independencia principiaban á fomentarse en los espíritus. Cuando se supo que la revolución había estallado en España, entonces, todas las colonias, entraron en el movimiento revolucionario. Antonio Alvarez Yonte, fué encargado por la junta provincial de Buenos Aires, de propagar las ideas de revolución en Santiago, (esto fué en 1810). A la historia pertenecen los detalles de esa lucha valerosa, principios de la gloriosa independencia de la América Española; nos limitaremos á decir: que Chile, que se había considerado por tan largo tiempo, como una simple provincia dependiente del Perú, hizo prodigiosos esfuerzos para conquistar su independencia. Sus moradores tratados poco antes de aldeanos groseros y bárbaros, produjeron ciudadanos del más heroico patriotismo, hábiles generales y valientes soldados. El estandarte de la independencia flotaba en todas partes y el mismo Perú, únicamente debió su libertad á los heroicos esfuerzos del ejército chileno.

Tal fué el primer paso que dió Chile, hacia una nueva era. Qué impresión tan grande queda, al comparar el Santiago del siglo XVI, con sus chozas indígenas, al Santiago de 1712 con sus casas de adobón y sus techos de tejas, al de la independencia y del siglo actual.

Las 80 cuadras deslindadas por Pedro de Valdivia en la época de su fundación alcanzaron á 150; después de la independencia época en la cual se veían las ciudades con las calles anchas y empedradas, casas grandes y espaciosas, generalmente de un solo piso y arquitectura informe, tejadas con tejas rojas y las ventanas que daban á la calle, guarnecidas de barras de hierro pinta-

das de negro, tal como el palacio actual de la Moneda que nos ha quedado como precioso recuerdo del estilo antiguo. El chileno que antiguamente era indolente y perezoso, debido á las ideas que les infundaban en aquellos tiempos, de que, el trabajo de los esclavos debía suplir al de los hombres libres, ha recobrado su energía primitiva; reconoce hoy día la riqueza de su territorio, por el cual sus padres abandonaron el suelo de la madre patria.

El chileno educado en la escuela de la guerra es valiente, sobrio y sufrido, diestro, robusto y excelente jinete, ama con todo el ardor del criollo y con todos los celos del español.

Desde los primeros tiempos las corridas de toros, carreras y bailes absorben en gran parte la existencia de los chilenos de toda clase social como lo demuestran las estampas de las carreras en el valle del Mapocho en el siglo XVIII, las tertulias de 1790 y de 1840 y por fin las chinganas del pueblo. Los bailes nacionales, minuet, zapatera, quasido, pericón y otros que se parecen al fandango, son hoy día casi totalmente reemplazados en los salones, por los bailes de carácter, los valeses, polcas, cuadrillas, etc., dejando para el bajo pueblo la bulla y los golpes que se imponían con los bailes antiguos. La cueca, graciosa y elegante se conserva sin embargo en todas las clases sociales, caracterizando el baile nacional.

¿Qué diría Pedro de Valdivia, el elegante y valiente conquistador, si pudiera salir de su tumba para recorrer esa ciudad que fundó en 1541, hoy día, llena de suntuosos palacios, esa plaza de armas fortificada por él, contra la invasión araucana, rodeada de valiosos monumentos, esa cañada llamada hoy día Alameda de las Delicias orillada por ambas partes en toda su extensión de palacios particulares á cuál de ellos más elegantes?

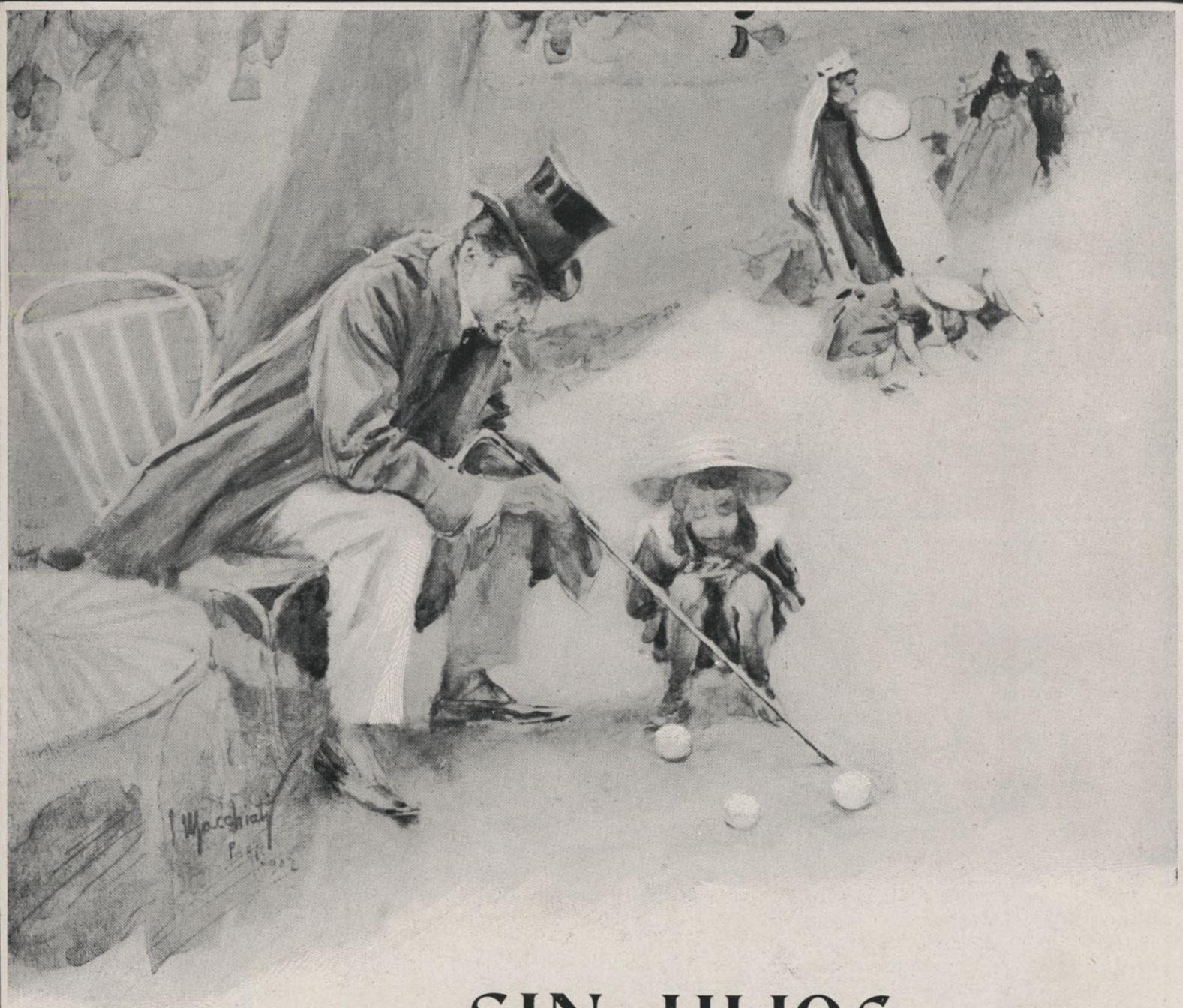
Ese camino de Valparaíso y el paseo á Colina, que debían efectuarse entonces con vehículos rudimentarios é incómodos, cruzados hoy día por numerosos ferrocarriles?

Aliento debe dar al chileno al mirar por atrás, considerando el progreso rápido hecho por su país en tan poquitos años. ¿Qué será de él cuando la propaganda llegue en los países de ultramar descubriendo al Viejo Mundo las riquezas todavía ignoradas del suelo chileno acompañadas de un clima sin igual? Entonces se verá llegar á profusión, brazos y capitales y en menos tiempo que el pasado, Chile podrá verse al nivel de las primeras naciones.

LORANI.



Coche particular en 1810



## SIN HIJOS



No eran tan sólo, esos largos y finos rici-  
llos que ahogaban esa frente de hada  
risueña en una ola de blondas clari-  
dades, ni ese color de rosa té, ni esa  
boca parecida á alguna delicada con-  
cha, ni la inocencia suprema que reve-  
laban sus rubores bruscos, sus gestos  
un tanto torpes, esas preguntas inge-  
nuas, lo que había conquistado el corazón de Eugenio de  
Ardenne, corazón suspicaz, al cual toda apariencia de  
yugo aterraba, ponía inmediatamente en fuga, corazón  
inestable pronto siempre á ceder á las tentaciones, corazón  
refractario á los afectos duraderos, en el cual los incesan-  
tes pasajes de mujer no dejaron más rastros que las olas  
sobre la playa.

No era el ensueño de una vida de ternura, de paz, la ne-  
cesidad de amar y de ser amado, lo que el hombre de fiestas  
y de alborotos, quien quiera que sea, busca entre los treín-  
ta y los cuarenta años, ni el invencible cansancio del club  
ó del círculo de placer en torno del cual se ha girado como  
una mula de noria, ni el hoyo que cavan en la existencia  
de un soltero los matrimonios de camaradas á los cuales  
su egoísmo considera como desertores, ni las envidiosas  
nostalgias que le dá su felicidad, lo que le habían decidido  
á escuchar, al fin, las súplicas de su madre y sus consejos  
que le movían á casarse con la señorita de Gouvre, sino

que era el miraje que había tenido al ver á esa joven ju-  
gando con los chicos, cubriéndolos de caricias, acaricián-  
dolos desde el fondo de sus pupilas límpidas con fulgores  
de éxtasis, el escucharla hablar de las alegrías y de las an-  
gustias que forzosamente tendrían las que son verdadera-  
mente madres, el miraje de la casa feliz en la cual uno se  
siente revivir en otros seres, de la casa que canta, que ríe,  
que está como llena de pájaros.

Amaba, en efecto, á esos niños, como otros aman las flores.

Le interesaban como un espectáculo delicioso.

Le atraían.

Era suave, complaciente, paciente con ellos, inventába-  
les entretenciones, les ponía sobre sus rodillas, no se can-  
saba nunca de oírles hablar, de seguir el despertar progresivo  
de sus instintos, de su inteligencia, de su alma frágil.

Iba á sentarse al parque Monceau ó á las avenidas del  
Bosque, para mirarles jugar, para sentirles correr, charlar,  
zuzurrar en torno suyo.

Y como por burla, alguien, una querida ó un amigo, un  
tanto bromista, le había enviado cierto día como regalo un  
gorro de nodriza con largas cintas de moiré, color de rosa.



Al principio, sufrió el encanto que se desprende de las  
primeras intimidades, de los primeros besos, se consagró

por entero á la educación sentimental que se le aparecía como vida nueva y apasionada.

No pensaba sino en avivar la enloquecida ternura que le manifestaba su mujer, consumiéndose en adoración perpetua. Las sensaciones de Germaine, las metamorfosis de su corazón virginal que se entreabría, que se iluminaba con súbitas claridades, que vibraba; sus impulsos, sus pudores, sus emociones, eran otros tantos atractivos que le causaban deliciosas sorpresas.

Exaltábase, de igual manera que un viajero al descubrir un eden maravilloso.

Y, á veces, con larga mirada de agradecimiento y de orgullo que se imantaba en los ojos tan azules de Germaine, le plegaba el talle en un abraso loco, estrechándola de tal suerte contra su pecho que la joven se sentía dolorida.

—¡Ah!, exclamaba entonces, el joven, estoy seguro de que en parte alguna de la tierra no hay dos seres que se amen de la manera como nosotros nos amamos, ni que sean tan completamente felices como tú y yo, mi adorada.

Meses de absoluta posesión, meses de encanto, se sucedieron, sin que Eugenio se recuperase, sin que el más mínimo cansancio se mezclara con la violencia de su amor, sin que se apagara ese fuego de alegría.

Luego, súbitamente, cesó de ser feliz, y á pesar de los esfuerzos que hacía para vencer una repugnancia invencible por la cual se hallaba invadido su ser todo entero, se convirtió en otro hombre, suspicaz, irritable, taciturno, continuamente y en toda circunstancia aburrido, amargo, y que ni siquiera sabía lo que quería.

Algo le faltaba, envenenando, al presente, las ternuras que habían sido sus delicias, desprendiéndole cada día de su interior, disgustándole con su mujer.

Y ese vago sufrimiento se precisó poco á poco en su corazón, se hundió, penetró como un clavo del calvario.

No había conseguido su propósito.

Comprendía que no habría de acostumbrarse á una existencia semejante, que no podría ni siquiera querer á una mujer que era incapaz de ser madre, rebajada al papel de

querida legítima, ni serle fiel. ¡Ah! despertarse de semejante sueño, decirse que uno quedara reducido al papel de envidiar á los demás; que no se cubrirá jamás de besos una cabecita rubia, ensortijada, sonriente, en la cual se revelan parecidos, reflejos de alma que pasan, indecisas luces que tiemblan poniéndoos todo un cielo en el corazón; que se habrá de seguir el resto del camino enteramente solitario, destrozado, solamente rodeado por la vejez; que ninguna rama reverdecerá el tronco de la familia, y que en el lecho de muerte ni se tendrá el consuelo de estrechar entre los brazos desfallecidos á los caros amados por los cuales se luchó, se sacrificó, se combatió, se defendió los bienes, y el nombre, y que sollozan, que se desesperan, y que uno será presa de herederos indiferentes y ávidos que desean vuestro fin ya próximo, como un valor lucrativo.

Eugenio no había confesado á Germaine la obsesión que le acosaba, contentándose con que ella no notase su estado de angustia.

Jamás la importunaba con esas interrogaciones que enervan, terminando con alguna escena violenta y lamentable.

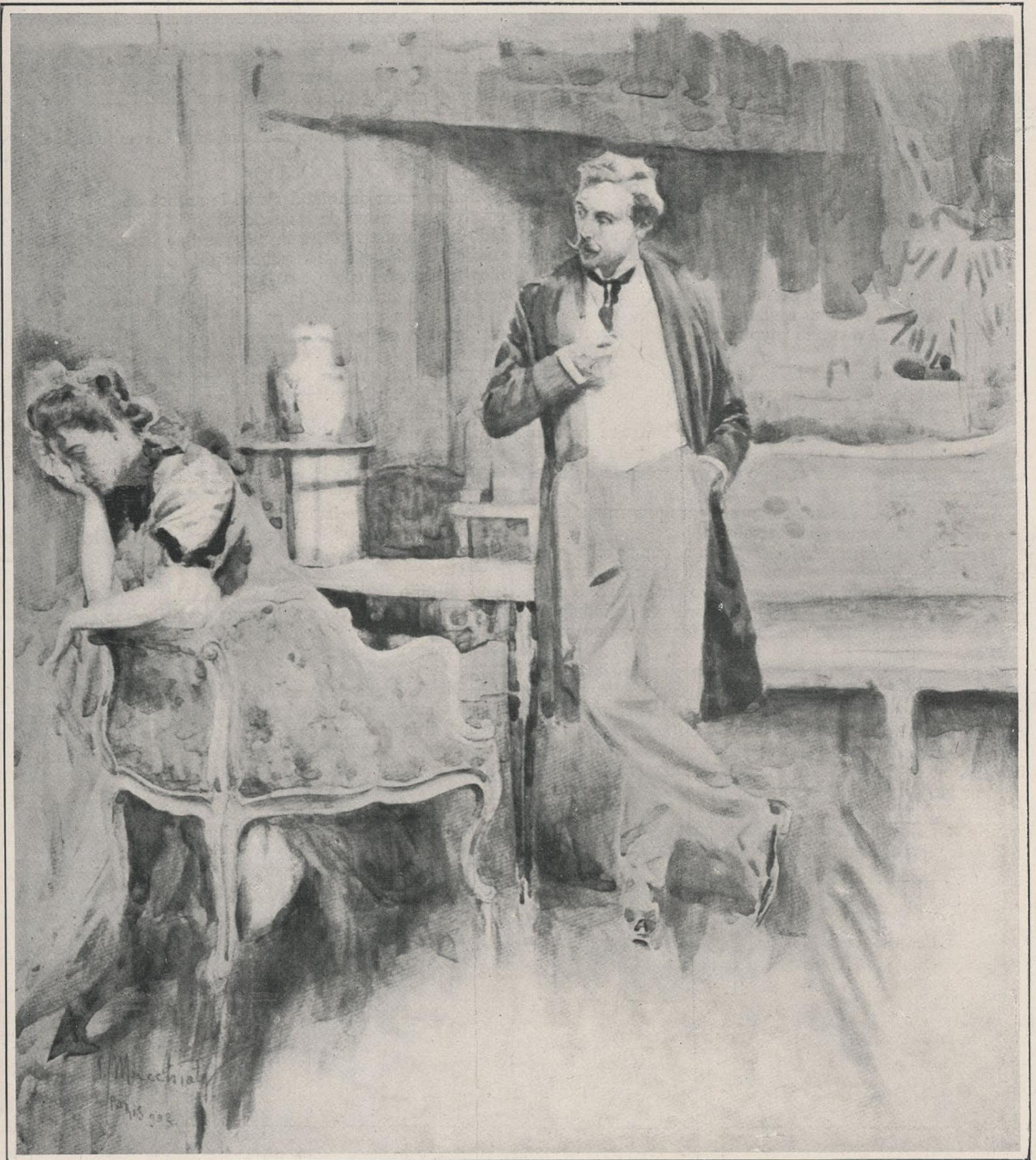
Mas, ella era demasiado mujer, y quería demasiado á su marido para no adivinar lo que obscurecía su existencia, poniendo su felicidad en peligro.

Y cada mes había nuevas decepciones, caídas de las cuales se cae cada vez más abajo, y en que uno se agota.

Ella, sin embargo, se agotaba, esperando que sus votos serían satisfechos, se aniquilaba en dolorosas esperas; se negaba á creer que jamás habría de ser madre.



Tuvo el presentimiento del camino del calvario, que es un final amor



Germaine con los dedos crispados sobre el respaldo de un sillón

Habría considerado como una humillación el consultar á su médico, el peregrinar como tantas otras hacia los santuarios del milagro.

Y su naturaleza altiva, leal y amante, se reveló al fin contra esa hostilidad que se manifestaba con salidas odiosas, con penosos silencios, y la frialdad altiva de aquel por quien ella hubiera dado la vida misma.

Tuvo el presentimiento del camino del calvario que es un final de amor, de toda la hiel que reventaría alguna vez en atroces querellas, en mentiras en las cuales Eugenio se envilecería, entre tanto que ciertas infamias cavarían entre ellos un insalvable foso.

Y una noche en la cual el señor Ardennes la había herido con equívocas y pesadas burlas, poniéndose muy pálida,

Germaine con los dedos crispados sobre el respaldo de un sillón, le interrumpió con reflexiones dolorosas, resuelta en su voz:

“Puesto que Ud. ya no me quiere, amigo mío, por qué no me lo dice francamente, cara á cara, antes que hacerme sufrir de esa manera, con pequeños golpes traidores? ¿Con qué objeto, sobre todo, continuar viviendo juntos? Si usted quiere su libertad yo se la devuelvo. Ud. tiene su fortuna y yo la mía. Separémonos sin escándalo, sin proceso, á fin de que una amistad reemplace á nuestro amor. Abandonaré París, me iré á vivir con mi madre en el campo. Dios me sirve de testigo de que sin embargo yo todavía le quiero, tanto como le quería, y de que permaneceré, de cerca como de lejos, siendo su mujer.”

Eugenio vaciló algunos instantes en responderle, con los ojos turbios y la mirada impregnada de tristeza; luego balbuceó, desviando las miradas é inclinando la cabeza:

“Sí, tal vez eso valga más para Ud. y para mí.”

Rompieron voluntariamente el pacto de matrimonio tal como ella lo había ofrecido en un impulso de heroico sacrificio.

Ella mantuvo su resolución, se desterró, se enclaustró, vivió lejos del mundo, aceptó semejante prueba con la calma y el valor resignado y sobrehumano que poseen tan sólo las almas de abnegación y de fe.

Se ilusionaba, perseguía una quimera, creía que Eugenio le volvería, la llamaría, así se escaparía á sus antiguas esperanzas, comprendería con qué profunda é inmutable pasión ella le amaba.

Resistía á las instancias de sus parientes y amigos que la incitaban á poner término á una situación tan falsa, á iniciar un proceso de divorcio cuyo resultado era seguro para ella.

El señor de Ardenne se había hecho una especie de hogar de contrabando con una dama de azar que había sabido agradecerle y entretenerle.

La abandonada no lo ignoraba, creyendo que pasaría con esta lo que había ocurrido con tantas otras queridas efímeras que sólo habían durado un minuto en la existencia de su marido.

Acaso, aquello era lo que valía más para preparar el final que ella deseaba y que ella esperaba.

De seguro que aquella relación dudosa, que aquella relación estrecha, fatalmente conduciría al señor Ardenne á comparar lo que poseía con lo que poco antes tuvo, á evocar el paraíso perdido, el corazón desbordante de indulgencia, de amor, de bondad, que no le olvidaba, que no pedía sino una respuesta á su primer llamado.

Y esa confianza en días mejores, no conmovida ni por los desencantos, ni por las pruebas complacientemente amontonadas para desilucionarla, ni por el silencio con el cual eran recibidas todas sus cartas—sin embargo tan cariñosas—tenían algo de enternecedor y de angelical que hacía recordar ciertos capítulos de la leyenda dorada.

A la larga se desalentaron todas las simpatías que en tantas ocasiones habían tratado de salvar á la joven, de curarla, de abrirle los ojos, y abandonada, aislada, entregada á si misma, Germaine continuó altivamente su ensueño, absorvida enteramente en él.

Dos interminables años transcurrieron desde que ella había ejecutado su acción heroica, cediendo su lugar á la intrusa.

Había perdido su rastro y ni siquiera tenía noticias de él, y á pesar de todo no perdía la esperanza de volverlo á ver, de recuperarle, quién sabe en qué fecha, quién sabe por medio de qué prodigio, pero seguramente antes de que los ojos que por él habían llorado tanto estuviesen cansados de llorar, y que los cabellos rubios que había cubierto de besos hubieran encanecido.

La llegada del cartero, cada mañana, la removía de emoción y de fiebre.



Una mañana que iba á París, la señora de Ardenne encontró en el carro de las señoras solas, al cual había subido apresuradamente, una aldeana que llevaba sobre sus rodillas un chicuelo de hermosas mejillas sonrosadas, de labios frescos, tal como esos angelillos regordetes que aparecen en los cuadros de la Asunción de la Virgen.

La nodriza murmuraba palabras cariñosas y pueriles de esas con las cuales se adormece á los niños, rozándole por instantes con grandes besos sonoros, y el niño aleteaba con sus manecillas, gritaba, reía, tenía movimientos bruscos con gracia tal, que Germaine se sintió atraída á él, cogiéndole entre sus brazos.

El niño se asustó, al principio, en presencia de ese rostro desconocido, vaciló, mas luego, tranquilizado, husmeó con sus risillas dilatadas el vago perfume desconocido que exhalaba el corsé de Germaine apelotonándose contra ella.

Las dos mujeres hablaron.

Sin saber por qué la joven interrogó á la nodriza, para saber de quién era el niño.

—Puede ser que Ud. la conozca señora, replicó la servidora, el niño es de los señores Ardenne.

Germaine sintió un sufrimiento agudo, como si le enterraran un puñal, y con la mirada fija y los labios temblorosos, murmuró como si le arrancaran cada palabra de la garganta:

—Dice Ud. que de la señora Ardenne?

Era el naufragio al cual ya nada sobrevive, y del cual no quedan ni los míseros despojos tan siquiera.

Gruesas lágrimas rodaron de sus mejillas, empapando el tul de su velo.

El tren se había detenido y la nodriza no se atrevía á pedir á la dama el pequeñuelo, que ésta abrazaba contra su pecho oprimido, como en esos adioses en los cuales abandonamos para siempre algo infinitamente querido.

La señora de Ardenne le devolvió el niño y se fugó como una loca, por la estación, arrojándose en el primer carruaje que encontró á mano.

R. MAIZERROI

(Arreglo especial para "Selecta" por F. R.)



El pequeñuelo, que ésta abrazaba contra su pecho oprimido

# Marcial Plaza Ferrant

Nos encontramos en presencia de uno de los jóvenes triunfadores del arte chileno, del arte nuevo, con todas sus exuberancias y con todas sus riquezas. Hace ya bastante tiempo que se ha borrado hasta el recuerdo de las antiguas tradiciones clásicas impuestas por los primeros maestros del arte chileno como Cicarrelli, Monvoisin y Mochi; en pos de ellos se ha levantado una falange numerosísima que ha dado al país artistas de seria importancia, acaso de

mayor importancia de lo que hubiera sido dado esperar en un país tan joven y de tan reducida población y riqueza como el nuestro.

Todos conocen los nombres de los viejos maestros como Smith, Lira, Valenzuela Puelma, Orrego, Jarpa y tantos otros que han venido en pos de ellos. Otra generación se ha levantado, llena de promesas que van cumpliéndose y de realidades hermosas que surgieron de las esperanzas como



las mariposas de las crisálidas. Ahí están Correa, Valenzuela Llanos, Rebolledo Correa y Marcial Plaza Ferrant.

El señor Plaza ha sido una verdadera revelación como colorista: es un temperamento español, empapado en la luz radiante de los trópicos, con algo de árabe, y en los cielos que nos hablan á nosotros los meridionales con un lenguaje que jamás comprenden los hombres del norte. La luz y el colorido son las condiciones principales del joven artista que prosigue su carrera triunfal entre nosotros. Tiene esta condición en grado extraordinario, como la tuvieron Valenzuela Puelma y Ernesto Molina, pero más refinada y más exquisita, más ingenua y más completa acaso, si bien sin las condiciones de acabado dibujo que formaban la principal fuerza de Valenzuela Puelma.

El señor Plaza es muy joven todavía y de él debemos esperar grandes triunfos, triunfos definitivos, de esos que consagran definitivamente á un pintor. Nació en 1877, es decir, pertenece á la generación que acaba de levantarse. Sólo en 1893 se inició en la Academia de Pintura como alumno de don Pedro Lira; el viejo maestro tuvo en esta ocasión muy buena mano, pues el discípulo le ha hecho cumplido honor.

Pero el joven Plaza se afixaba en Chile, en donde los artistas carecen de todos los elementos necesarios, pues ni tienen modelos, ni estímulo de ninguna especie. Aquí ni siquiera se pagan los cuadros por el valor de la tela y de los colores; se figuran los millonarios de esta tierra que los artistas deben figurar entre los vagos y mal entretenidos de que habla el Código Civil, y que deben pintar por el sistema altruista de que habla el señor Lagarrigue, es decir, gratis. Y como suelen tener la mala costumbre de gastar en vivir, de comer y de pagar el alquiler de la casa, todo eso no puede hacerse sin arte puro.

Un buen día, Plaza tomó una resolución atrevida, se dirigió á Europa estableciendo sus reales en París, que es propiamente el centro del arte. Allí vivió estudiando, trabajando, progresando sin cesar. Fué alumno de Benjamín Constant, de Jean Paul Laureans, de Cormont, celebridades conocidas en el mundo entero, cuyas obras constituyen el encanto de las sociedades más cultas y de los espíritus pri-

vilegiados en arte. Su lucha fué la innacabable y eterna lucha de los jóvenes en una sociedad extraña en donde son enteramente desconocidos y tienen además que luchar en contra de las prevenciones con que se acoge en Francia á los artistas extranjeros.

Por fin, después de grandes esfuerzos se vió coronado por el éxito, alcanzando una primera mención honrosa en el Salón de París de 1905, con su retrato de Mr. Lepoitevin, uno de los críticos más reputados de Francia y primo hermano del célebre escritor Guy de Maupassant. Es uno de los lienzos más hermosos que hayan pintado los artistas hispano americanos. Es una tela llena de carácter, de brío, de fuerza y de elegancia; el colorista se revela en toda su potencia, y la fisonomía del crítico aparece en toda la delicadeza psicológica que revela toda un alma. El retrato es acaso uno de los géneros más difíciles; se necesita un poder de observación y de síntesis extraordinario para descubrir á un hombre en el momento preciso que pinta su sér al desnudo, con las modalidades que le son propias, con las fáciles y peculiares actitudes que toma de ordinario cuando nadie le observa y que le permiten ser el mismo—diferenciándose del resto del universo.

Desde ese instante quedó Plaza consagrado como retratista y su reputación ha ido creciendo sin cesar, llegando á conquistarse el aprecio de los círculos elegantes de París. Otros de sus retratos han llamado posteriormente la atención, particularmente el de Mr. Polion, Marques de Poion de Saint George; el retrato de la condesa de Saint Gene tuvo también éxito considerable, así como el de la vizcondesa de Montrieux. El arte de León Bonnat es un arte difícil; bien pocos son los que consiguen abrirse camino por medio del retrato, como Boldini y como Sergeant.

Pero es, sin duda, uno de los géneros más hermosos de la pintura.

El señor Plaza Ferrant tiene delante de sí un porvenir hermoso, y una amplia cosecha de triunfos, que fueron anunciados con los premios obtenidos en Chile en las exposiciones de 1895, 1896 y 1897.

El arte nacional debe esperar todavía mucho de su talento joven y de su inspiración vigorosa.

F. R.



# UN SER NO COMPRENDIDO

TRADUCCION ESPECIAL PARA "SELECTA"

POR EBNER ESCHENBACH

María de Ebner Eschenbach, doctor en filosofía de la Facultad de Viena, es la decano de los novelistas austriacos, lo mismo que es la más célebre representante. Hija del Conde de Dubsky, nació el 15 de Septiembre de 1830, en el castillo de Zdislavia, en Moravia, en donde pasó la mayor parte de su juventud demostrando desde muy joven una inclinación muy pronunciada por las letras y la poesía. Se estrenó con el drama histórico "María Estuardo", que le atrajo los más halagadores elogios de Grillparzer, de Halm y de Laube, con los cuales, una amistad muy estrecha debería muy pronto unirlos.

Pero es principalmente en el dominio del romance y de la novela, que ella ha recogido sus laureles de escritora. Su rango social, su espíritu despierto y jovial, su observación fina y precisa, le facilitan de antemano todas las materias, desde el romance aristocrático contemporáneo, hasta las novelas populares, en donde se complace su gran filantropía, tratando de cuestiones las más dramáticas.

Las principales obras de la señora Eschenbach son: "Historias de las Ciudades y de los Castillos", "El Niño de la Comuna", "Las dos Condesas", "Historias vienesas", "Lotti el relojero", "Vieja Escuela" y una colección de aforismos, que le han valido su grado de doctor honorífico, en filosofía, de la Facultad de Viena.

H. H.



ANDRÉS Muth, era empleado en la dirección de finanzas. Desde hacía quince años desempeñaba su empleo con una exactitud escrupulosa, y nadie, él menos que los otros, había tenido jamás la idea, que pudiera ascender; su educación no le permitía pretender un puesto superior. Su padre, profesor de

literatura, jubilado antes de tener la edad, por motivos de salud, se había dedicado á enseñarle á conocer los autores clásicos. A los ocho años Andrés leía Herodoto y Cornelio Nepote, con el mismo placer que experimentan otros niños de su edad, leyendo Robinson Crusoe, ó bien "Una vuelta alrededor del mundo en ochenta días"; á los quince años traducía en el idioma de Eschyle, "La novia de Messina", de Schiller. Pero el conocimiento del mundo, las maneras de conducirse para abrirse un camino para el porvenir, el eminente erudito, había descuidado enseñárselo á su hijo, por la sencilla razón, que él mismo no lo tenía.

Y cuando un día, el viejo se durmió para siempre sobre un tratado "*de carmine bucólico*", dejó al pobre Andrés, más abandonado que un corderito sin madre.

Su buena estrella lo hizo encontrar un antiguo discípulo de su padre, que tuvo piedad de él y logró, gracias á sus numerosas é influyentes relaciones, encontrarle un puesto mediocrementemente retribuído en la Administración de finanzas del Estado.

Este empleo puso á Andrés al abrigo de las necesidades. Las ventajas que le procuraba su puesto, le parecían perfectamente en analogía, con los deberes que éle imponía. En la mañana dejaba sin pena su pequeño alojamiento, situado en un barrio apartado, alegrándose á medida que se acercaba á su escritorio. La perspectiva de volver á su modesta pieza, le hacían gratas las horas durante las cuales estaba ausente; pensaba con alegría que llegada la tarde, volvería por el mismo camino, á la humilde habitación que tanto le gustaba.

Antes de salir de su pieza, dejaba preparado todo lo necesario, para no tener ninguna molestia á su regreso. Llenaba de aceite su lámpara que estaba sobre la mesa; la cafetera desde lo alto de la estufa, parecía sonreírle; en un rincón la percha tendía uno de sus brazos para ofrecerle, su abrigado paltó de casa y el viejo sofá, colocado cerca de la mesa, lo invitaba amigablemente á un reposo bien merecido. Todo esto estaba muy usado, muy pobre; sin embargo, revestía un aspecto confortable y revelaba por su limpieza exagerada los asiduos cuidados del dueño de casa. En la muralla, frente á la cama, se veía en un marco dorado, la fotografía de una hermosa señora en traje de baile.

Era á ese retrato, que contrastaba notablemente con el resto de los muebles, al que Andrés dirigía su última mirada cuando parado al lado de la puerta, estaba pronto á alejar-

se. Parecía que le sonreía y le decía afectuosamente: "Hasta luego, amiga mía!"

El empleado cerraba la puerta con llave y partía, llevando el cielo en su corazón. Pensaba en el tiempo en que día á día podía ver el original de ese hermoso retrato. . . . La noble dama, que ahora pertenecía á la mejor sociedad, era entonces una joven que vivía con su abuela en el tercer piso de una casa antigua, frente á la vivienda de Andrés.

Desde la mañana podía verla sentada en la ventana, cerca de la jaula donde revoleteaba su jilguero. No cesaba un momento de trabajar. Se adivinaba fácilmente que los preciosos bordados, que su mano creaba tan hábilmente, no eran destinados para su propio uso, y que este trabajo le permitía atender á sus gastos y á los de su abuela. Algunas veces, la anciana señora, con su gorra blanca y su traje negro, que le diseñaba el talle, se acercaba á su nieta, acariciando con sus enflaquecidos dedos, los magníficos cabellos rubios, la besaba en la frente y desaparecía en la obscuridad del cuarto. Entonces la aguja parecía deslizarse con más ligereza al través de la preciosa tela, en la cual nacían flores brillantes, con ligeras hojas y arabescos con graciosas curvas.

En una mañana de verano, justamente en el momento en que Andrés cerraba la ventana, antes de abandonar su pieza, apercibió á su joven vecina parada cerca de la suya. Acababa de abrirla y sacando la cabeza la inclinaba de derecha á izquierda, respirando el aire de la mañana, como un pájaro delicado.

El jilguero, habiéndose alisado su oscuro plumaje, se había lanzado sobre el anillo más alto de su jaula, cantaba á toda garganta y parecía participar de la alegría de su joven señora. Ella lo tomó en uno de sus dedos y le dirigió algunas palabras de amistad; el jilguero le contestaba y una conversación animada se entabló entre los dos. El pájaro parecía tomar la cosa á la serio y darle importancia á su conversación; con el pico abierto, esperaba la respuesta de su señora; ella se puso á reír y continuó su charla.

De repente un alboroto causado por dos perros que peleaban, interrumpió este dúo encantador; el pájaro asustado erizó sus plumas, abrió sus alas y antes que la joven pudiera impedirlo, se desprendió de su mano y se voló. Ella se puso á llamarlo con los nombres más dulces, pero él no entendía nada, lleno de susto y loco de espanto, revoleteaba de derecha á izquierda, de alto á bajo y finalmente cansado, se dejó caer en la canal, cerca de la ventana de Andrés. Este lo cogió inmediatamente, y llevando al fugitivo, cuyo corazón latía, menos fuerte que el suyo, corrió directamente, donde su hermosa vecina, para devolverle su tesoro.

Ella se fijó en él, solo por primera vez, cuando se presentó ante ella con el pájaro fugitivo. Andrés no era bastante osado para aprovecharse de su observatorio y causar

estorbo á la joven. Entregándose á observaciones tan peligrosas para su corazón, se mantenía siempre escondido detrás de las cortinas de su ventana. Fué la fuerza de las circunstancias la que lo obligó á salir de su retiro voluntario!

La joven que lo vió atravesar la calle, corrió á su encuentro hasta el descanso de la escalera y lo recibió con un grito de alegría.

Hélos ahí en el vestíbulo! La joven acaricia al pajarito que se había herido en la escapada, exclamando:

“Yo os agradezco, señor, os agradezco con todo mi corazón!”

Andrés se mantenía delante de ella, repitiendo hasta un décimo saludo y balbuceando:

“Tengo el honor de entregaros... tengo el honor de entregaros...” á pesar de que ya hacía rato le había entregado el precioso volátil.

La abuela, derecha, flaca, encerrada en su viejo traje negro, apareció en el umbral de la puerta. Con una reverencia á la moda antigua, invitó al salvador á entrar en su modesto alojamiento. Andrés rehusó este honor, á pesar que su cara radiante y confusa les demostraba, que lo hubiera aceptado con mucho placer y que estaría siempre pronto, si se presentara otra vez la ocasión, á salvar, no solamente el precioso jilguero, sino también á las mismas señoras y sacarlas del cráter del Etna, si fuera preciso!

El recuerdo de este acontecimiento, siguió siendo para él una fuente de inefables goces! El culto secreto que hasta ese día le había consagrado á su hermosa vecina, tomó otro carácter, tanto, que Andrés se preguntaba si no sería un deber, de su parte, hacerles una visita á esas señoras. Pero en el fondo de su corazón escondió este aventurado pensamiento, sin darle curso.

No era para él suficiente satisfacción que la encantadora niña lo saludara, cada vez que al volver de su oficina, pasaba delante de su casa? ¿No podía verla diariamente sentada en la ventana? ¿No tenía el gusto de saber que la tenía tan cerca de él?

Transcurrieron las semanas y los meses, después vino una época inquietante y llena de angustia para el pobre joven, de alma poética.

Veía constantemente en compañía de su vecina á un señor de alta estatura, de modales distinguidos, para quien ella tenía miradas de infinita ternura. Andrés lo conocía, lo había visto recientemente en el escritorio de las finanzas; impresionado por la nobleza de su porte y su aire benévolo, había preguntado su nombre y su jefe le había contestado:

—Es el conde de Auwald.

El que llevaba este nombre había manifestado francamente sus opiniones liberales en una época en que el liberalismo era más bien un peligro que una fuente de provecho para aquel que lo profesaba. Por su palabra y por su ejemplo, había levantado las almas desilusionadas; había enrolado corazones jóvenes y entusiastas; y cuando vino la nueva era que tanto había ayudado él á preparar, le tocó forzosamente un rol preponderante en los negocios del Estado. Había llegado al pináculo; su talento y su lealtad le habían conquistado una autoridad incontestable!

—Es él, se decía Andrés; ay! que bien ha hecho en elegirlo! Esta elección, no era más que la consecuencia de la elevación de su espíritu!

No hay nada más lindo que ver unirse en este mundo, las almas nobles, que parecen hechas la una para la otra. Y, sin embargo...

En efecto, cuando Andrés ya no tuvo al frente de él sino un departamento vacío, cuando ya no le fué dado ver más en la ventana del frente, la querida carita que atraía sus miradas, experimentó un dolor egoísta que le costó trabajo reprimir. ¡El hombre más modesto, no puede renunciar á todo! Pero tuvo vergüenza de su sufrimiento y trabajó para vencerlo!

Casi al año después del matrimonio, encontró á la condesa del brazo de su marido. Conversaban con animación, avanzando en dirección á él; ella reconoció á su antiguo vecino, lo saludó amigablemente y pareció querer dirigirle la palabra, pero Andrés la saludó con tanto respeto, como el caballero andante que baja su lanza y continuó su camino, muy turbado, pero al mismo tiempo, muy feliz.

Algún tiempo después de este encuentro, compró el retrato de la condesa de Auwald, que había visto en la ventana de un almacén, entre varias fotografías de otras señoras de la sociedad. Colgó el retrato sobre la biblioteca, solo y único adorno en las murallas desnudas de su cuarto. La ocasión de hablar con la condesa no se le presentó jamás, pero la veía algunas veces en medio de la muchedumbre, tanto en coche, como á pie. Apenas la divisaba se le desaparecía y sin embargo le parecía que siempre estaba cerca de él, y que lo acompañaba en su paseo; estos encuentros le hacían acelerar el paso y ver el mundo entero bajo un aspecto más radiante y más hermoso.

Andrés cultivaba otro amor menos platónico, que aquel que le profesaba á la condesa: el amor á la poesía, y aún mismo, á la poesía dramática. Este amor constituía la secreta felicidad que saboreaba en su pobre alojamiento. Sus muros grises y fríos, eran testigos de sus transportes poéticos, de sus ensueños, en los cuales encontraba tantos goces! Fué en las junturas de los ladrillos en donde fijaba su atención cuando buscaba el desarrollo de su primera comedia.

Fué allí, en aquel rincón, donde cepillando su ropa, decidió que su nueva pieza fuera una comedia burguesa, cuyo héroe vencería todas las dificultades. Cada rincón de su estrecho cuarto le traía á la memoria así, el recuerdo de un trabajo libremente elegido y esencialmente personal: descubría en él algo como el eco de sus alegrías y de sus anteriores penas!

Se había preguntado muchas veces, si el encanto que ejercían sobre él las criaturas creadas por su imaginación, se comunicaría también á otras personas, pero se resignó sin gran tristeza y sin rencor, cuando esta pregunta fué resuelta negativamente.

Y á pesar de todo, después de algunos años, no se cansaba de renovar la misma tentativa.

Luego que concluía la pieza en la cual trabajaba, se iba donde su amigo, su único confidente, el profesor Benedicto Ziegler y le rogaba, no sin rubor y sin excusarse muchas y muchas veces, que le señalara una noche en la cual pudiera leerle el drama que acababa de componer.

En cada circunstancia semejante, Benedicto Ziegler, dejaba á su amigo hablar con toda libertad, levantaba las cejas como un hombre extremadamente sorprendido y decía: “¿Un drama? eh! eh! ¿un drama? ah! verdaderamente? En seguida, generalmente, le señalaba para la misma noche la entrevista con la condición de poder dar su opinión con toda sinceridad.

Y esta independencia de apreciación, no sólo se la concedía Andrés sino que se la exigía, como un favor!

Algunas horas después, los dos amigos se encontraban reunidos en el pequeño cuartito, bajo el mismo techo; Andrés leía con tono sencillo y sin énfasis, que se debilitaba á medida que aumentaba su emoción. Ziegler no le quitaba la vista, lo escuchaba con atención, con los codos apoyados sobre sus rodillas, sosteniendo la barba en su mano enflaquecida. En el quinto acto, (todas las piezas de Muth tenían siempre cinco actos), no se oía más que un débil murmullo las mejillas del lector estaban encendidas, el sudor perlaba su frente y el rostro de Ziegler surcado de arrugas causadas por serias preocupaciones, manifestaba una intensa emoción y sus ojos se humedecían.

Después de la lectura el profesor se levantaba, se acercaba á la ventana y quedaba silencioso algunos minutos, durante las cuales el poeta sufría horriblemente. En seguida, Ziegler, se volvía hacia su amigo, y le decía:

—Habéis hecho un espléndido trabajo!

—¿Lo creéis de veras?—preguntaba vivamente Andrés— en ese caso me aconsejaréis...

—La administración del Teatro de la Corte, exclamaba su amigo como inspirado.—No hay necesidad de deciros, que es preciso hacerlo conocer, y todas mis felicitaciones anticipadas!

Andrés pasaba en seguida muchos días, con una alegría desbordante. No había para él días más felices en todo el año, que aquellos en que, sobre un magnífico papel blanco y satinado copiaba su pieza, con una escritura redonda, cuyas letras parecían grabadas.

Y así como, seguramente hay un primero de Octubre, en el tiempo que necesita la tierra para completar su movimiento al rededor del sol, así también, seguramente, ese primero de Octubre, un hombre de pequeña estatura, muy tímido, que nadie conocía, se presentaba al escritorio de la administración teatral, llevando una carta y un manuscrito admirablemente caligrafiado. En la carta, el autor informaba á la administración imperial, que estando obligado á guardar el más estricto anónimo, vendría el mismo al cabo de tres meses á recibir la contestación afirmativa ó negativa sobre el drama que había dejado depositado.

Trascurrido este lapso de tiempo, resultaba siempre la misma cosa: se le devolvía á Andrés su manuscrito, comunicándole un político rechazo de la administración.

Entonces la contrariedad dolorosa del poeta, era mitigada por la satisfacción de haber cumplido con su deber de autor y haber entrado en posesión de su querida propiedad.

El último manuscrito tomaba lugar al lado de los otros, sobre la biblioteca, sobre la cual estaba colgado el retrato de la bella condesa, á la que los personajes que emanaban de la imaginación de Andrés, dirigían como un incienso puro é invisible!

Había llegado el día en que Andrés tenía la costumbre de dirigirse á la administración para recoger su drama.

Cuando se acercaba al umbral que franqueaba siempre con un pequeño estremecimiento de angustia y de esperanza no confesada, la puerta fué abierta violentamente y salió del interior un hombre con los cabellos erizados, y profiriendo injurias.

Había dejado abierta la gran puerta.

Andrés echó una mirada de espanto en el santuario tan

bruscamente desenmascarado á sus ojos. No podía reconocerlo. Los ennegrecidos muros de entonces estaban ahora cubiertos con un papel claro, las tablas de madera obscura estaban reemplazadas por bibliotecas, un blando tapiz cubría el piso y divanes incitantes adornaban los costados de las ventanas. En el medio de la pieza se levantaba un escritorio en el cual se encontraban amontonados paquetes de cartas, unas abiertas, las otras cerradas. Un hombre bastante joven, de cara redonda y pálida rodeada de una barba negra estaba sentado delante del escritorio, hojeando un manuscrito.

—El nuevo secretario,—pensó Andrés, acordándose de haber oído decir, que el director había sido reemplazado, lo que habría traído seguramente, modificaciones en el personal subalterno.

Un nuevo secretario había tomado el lugar del antiguo, que era tan brusco y tan grosero y sin embargo tan benévolo para Andrés, al cual devolvía religiosamente su manuscrito, acompañando siempre la palabra: *rehusado*, con esta frase consoladora: "el autor debe felicitarse".

Andrés estimaba á este viejo funcionario y le agradaba su actitud, y he aquí que había partido para no volverlo á ver!

Mientras formulaba estas tristes reflexiones, el señor pálido, que estaba sentado delante del escritorio, lo vió y le dijo:

—Tened al bondad de entrar; ¿en qué puedo servir?

—Soy enviado... respondió Andrés inclinándose y acercándose con timidez.

—¿Enviado?... ¿por quién?

—Enviado por el autor de "Marco Aurelio", presentado hace tres meses. Es el señor Carlos Stein quien me envía.

—¿Carlos Stein? Perfectamente; hay una contestación para él—respondió el secretario, tomando sin vacilar, de una de las numerosas casillas de su escritorio, una carta que entregó á Andrés.—Llevad esa carta á Su Excelencia... al señor Carlos Stein—rectificó sonriendo finamente.—Llevádsela con nuestras mejores felicitaciones. ¿Se os ofrece algo todavía?—preguntó vivamente, viendo que Andrés no se movía de su lugar y lo miraba sorprendido.

(Continuará)



## Como se obtiene un hermoso Pecho

¿Quiere Ud poseer un busto de formas opulentas y ufanas, un seno firme y lleno sin exceso, y una graciosa lozanía?  
Tome Ud las **PILULES ORIENTALES**. En algunas semanas su busto se desarrolla á y se pondrá firme desaparecerán las sobresalidas osudas, los huecos se colmarán, y su busto no tendrá ya nada que envidiar al de sus amigas más favorecidas por la Naturaleza. He aquí lo que escribe la señora Emilia R. de Roubaix:  
"Muy señor mío: Acabo de hacer uso de las **PILULES ORIENTALES** para la reconstitución del busto y debo expresarle mi gozo tan grande, pues que ya tengo el busto perfecto que yo deseaba. Está sorprendente y sin embargo está exacto."  
Y la señorita María F. Plaza del Archevêché á Tours:  
"Hasta hoy tengo razón para declararme muy satisfecha por el excelente resultado producido por las **PILULES ORIENTALES** y tengo gusto en darle mis gracias y atestiguarle mi admiración profunda por un producto tan maravilloso."  
Las **PILULES ORIENTALES** son siempre bienhechoras para la salud y son eficaces para las muchachas cuyo desarrollo está retrasado como para la mujer cuyo busto carece de volumen ó de firmeza. La cura es fácil al ser seguida, en secreto produce un resultado durable en cerca de dos meses solamente.  
Un frasco con instrucciones á París 6 fr. 35.—De venta: J. Retié, Pharmacien 5 Passage Verdeau, París.—En Santiago: Max Mengin y Cía. En Valparaíso: Daube y Cía. y en todas las buenas Farmacias y Droguerías. Exigir sobre las cajitas el sello francés de la "Union des Fabricants".

Pida Ud. sus

# Artículos Fotográficos

á Hans Frey

Pidase catálogos

VALPARAISO

Pídase los perfumes:  
 L'EVENTAIL  
 VIOLETTES DU CZAR, ETC.  
 incomparables por su suavidad  
 y persistencia.

ESENCIAS  
 L. LEGRAND  
 LAS  
 MEJORES

L. LEGRAND  
 Parfumeur  
 Paris.



# REUMATISMO, GOTA, MAL DE PIEDRA

CURADOS POR LAS

## Sales de Litina EFERVESCENTE LE PERDRIEL



*Superior á todos  
 los demas disol-  
 ventes del Acido  
 úrico :: :: :: ::*

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES  
 FARMACIAS Y DROGUERIAS

# CRÈME SIMON

La **Gran Marca** de las **Creimas** de **Belleza**

*Inventada en 1860, es la más antigua y queda superior  
 á todas las imitaciones que su éxito ha hecho aparecer.*

**POLVO DE ARROZ SIMON**  
 SIN BISMUTO

**JABÓN Á LA CRÈME SIMON**

*Exijase la Marca de Fábrica: J. SIMON - PARIS.*

# VINOLIA

*Jabones, Perfumes, y  
 Artículos de Tocador*



## SELECTA

REVISTA MENSUAL  
 ARTÍSTICA

EDITADA POR LA  
 EMPRESA ZIG-ZAG

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

Un año . . . . . \$ 10.00  
 Seis meses . . . . . 5.50  
 Número suelto. . . . . 1.00

Las personas cuidadosas de su cutis usan el  
 jabón VINOLIA con absoluta confianza pues  
 saben que es el mas conveniente para una  
 tez delicada. \* \* \* \* \*

Todos los productos VINOLIA son igual-  
 mente perfectos. \* \* \* \* \*



## SUMARIO

	Págs.		Págs.
TEXTO		GRABADOS	
Hechos y notas, Luis Orrego Luco.....	225	Mercurio y la gracia, Veronese.....	226
Las grandes obras maestras de la pintura moderna..	236	Detalle de la cena, Tintoretto.....	226
¿Qué hay de nuevo en París?, B. Vicuña Suberca-		Retrato de un desconocido, Morone.....	227
seaux.. .. .	228	Id. de don Juan A. Pentera, Morone.....	227
El florecimiento del Cielo, A. B.....	230	Ariadna y Baco, Tintoretto.....	227
Los estudios clásicos y reforma en nuestra enseñan-		El Emperador de Alemania en las maniobras.....	236
za secundaria, Antonio Borquez Solar.....	232	Canasteras tripolitanas.....	257
Miss Isadora Duncan, Ruben Darío.....	234	Mujeres turcas, pastel, por J. E. Lictard.....	238
Las mujeres de Turquía, H. D. A.....	237	Un bazar turco en plena calle, acuarela de Ziem....	239
La señorita Farnetti, F. R.....	241	Al amanecer, acuarela de Ziem.....	240
Gustavo Eberlein, Miguel Luis Rocuant.....	243	Señorita María Farnetti en "Isabeau".....	242
La montaña de oro, Fernán Ruíz.....	246	Arte español: Gitanas andaluzas en un velorio, Lopez	
Andar..., Hernán Díaz Arrieta.....	248	Mezquita.....	247
Exposición de animales, F. R.....	250	La hija pródiga, Carlos Vasquez.....	247
Un ser no comprendido, Ebner Eschenbach.....	254		
		INSERCIÓN EN COLORES	
		¡Resucita!, V. Irolli .....	

# CONCURSO DE BELLEZA

DE

## “SELECTA”

	Votos		Votos
<b>PROVINCIA DE SANTIAGO</b>		<b>PROVINCIA DE VALDIVIA</b>	
Sara Besa Montt .....	755	Emma Grob W. ....	85
María Cordero Vivanco .....	608	Rosario Guarda .....	84
Josefina Vial Freire .....	575	Carmen Barria .....	20
Tula Montes Montes .....	478	Pilar Miranda .....	11
Kiryama Prieto Nieto .....	462	<b>PROVINCIA DE TARAPACA</b>	
Lily Rogers Caveró .....	349	Amy Mayne Nicholls .....	78
Luz Izquierdo Túpper .....	250	Violeta Cáceres .....	65
Elena Sanfuentes Joglar .....	235	Berta Peake G. ....	25
María Recabarren V. ....	248	Rosa Hawes .....	23
María Arnolds .....	200	Hortensia del Canto .....	16
<b>PROVINCIA DE VALPARAISO</b>		Berta Márquez .....	10
Florencia Zegers Borgoño .....	599	<b>PROVINCIA DE COQUIMBO</b>	
Raquel Luco .....	314	Marta Munizaga .....	71
Emma Bobilier .....	227	Lila Villa .....	46
Rosa Grez S. ....	159	Gabriela González .....	45
Gertrudis Detmer .....	128	Sofía Alvarez .....	45
Ines Vigil O. ....	123	Clara Schaffner .....	23
Luisa Gomez L. ....	91	<b>PROVINCIA DE ACONCAGUA</b>	
Ana Infante .....	84	Rosa Soza C. ....	55
Sofía Murillo S. ....	80	Teresa Urbina .....	38
Raquel Castro .....	75	Librada Quiroz .....	37
<b>PROVINCIA DE CONCEPCION</b>		Berta Yáñez .....	13
Marta Labeyrie .....	244	Ester Salas .....	12
María Luisa Beutner .....	229	<b>PROVINCIA DE ARAUCO</b>	
Domitila Urrutia .....	212	Fresia Villagrán .....	41
Lucrecia Perry .....	187	Emma Hanne .....	32
Auristela de la Jara .....	176	Berta Aguirre .....	14
Viola Guzmán .....	117	Zenobia Godoy .....	13
Lidia Mathieu .....	115	<b>PROVINCIA DE ATACAMA</b>	
Teresa Slavín .....	50	María Briceño .....	37
J. Amelie Mourgues .....	43	Emma Igualt .....	15
Ines Burmeister .....	41	Blanca Grove .....	13
<b>PROVINCIA DE ÑUBLE</b>		<b>PROVINCIA DE CURICO</b>	
Elena Peña L. ....	238	Graciela Correa .....	33
Elisa Solar B. ....	228	Flor H. Rojas .....	16
Concepción de Larraechea .....	196	<b>PROVINCIA DE BIO-BIO</b>	
Esther Martín A. ....	190	Fresia Contreras .....	29
Clara Bustos .....	129	Laura Rubio .....	18
María Mardones .....	122	Laura Carte .....	15
Marta H. Bénézet .....	115	María Gacitúa .....	12
Albertina Munita .....	109	<b>PROVINCIA DE MAULE</b>	
Cristina Ojeda .....	107	María Salgado .....	28
Marta Aqueveque .....	43	Aída Villalobos .....	20
<b>PROVINCIA DE MALLECO</b>		Blanca Pinochet .....	13
Emilia Muñoz G. ....	151	<b>DEPARTAMENTO DE MAGALLANES</b>	
Hortensia Barros .....	106	Antonieta Blanchard .....	23
Mariana Bambach .....	86	Leonor Krziwan .....	10
Rosa Kind .....	33	<b>PROVINCIA DE TACNA</b>	
Berta Vilu .....	30	Elena Nieto .....	12
Berta Sanhueza .....	10	<b>PROVINCIA DE CAUTIN</b>	
<b>PROVINCIA DE LLANQUIHUE</b>		Berta Gutiérrez .....	16
Margarita Moreno .....	137	María del Solar .....	16
Hanny Franke .....	122	Cristina Marín .....	14
Adela Temme .....	35	<b>PROVINCIA DE COLCHAGUA</b>	
Amelia Vásquez .....	12	Sylvia Salvatierra .....	13
Juana Montalva .....	10	María Luisa Muñoz .....	12
Betty Haupt .....	30	<b>PROVINCIA DE CHILOE</b>	
<b>PROVINCIA DE ANTOFAGASTA</b>		Isabel Mayorga .....	20
Sara Bustamante .....	131		
Guillermina Montano .....	25		
Blanca Greene .....	24		
Elisa Le-Fort .....	20		
<b>PROVINCIA DE O'HIGGINS</b>			
Ida Olmos A. ....	94		
Zunilda Lemaitre .....	82		
Margot Cerda .....	70		
Aileen Kooke .....	14		